

PUNTO
ROJO

la casa de las dunas

silver kane





SILVER KANE

LA CASA DE LAS DUNAS

Colección
PUNTO ROJO n.º 150
Publicación semanal
Aparece los **SABADOS**

**EDITORIAL
BRUGUERA, S. A.**
BARCELONA
BUENOS AIRES
BOGOTA



Depósito Legal B 1283 - 1965

Printed in Spain - Impreso en España

1.ª edición: marzo 1965

© SILVER KANE - 1965

sobre el texto literario

© ANTONIO BERNAL - 1965

sobre la cubierta

© COSTA - 1965

sobre la ilustración interior

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1965

N. R. 1185/65

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

- En Colección BISONTE:**
896.— Tres jinetes del norte.
- En Colección SERVICIO SECRETO:**
759.— Preparado para la fosa.
- En Colección TEXAS:**
451.— La viuda de Satanás.
- En Colección KANSAS:**
315.— Hijo de la muerte.
- En Colección BUFALO:**
593.— El zorro y la tigresa.
- En Colección ASES DEL OESTE:**
304.— Los ojos del pistolero.
- En Colección PUNTO ROJO:**
138.— Nadie llorará mi muerte.
- En Colección METRALLA:**
49.— ¡Os ordeno morir!
- En Colección SELECCIONES SERVICIO SECRETO:**
123.— Ataúd «B-4».
- En Colección BRAVO OESTE:**
209.— Mujeres del sur.
- En Colección ARCHIVO SECRETO:**
19.— Rumbo al Más Allá.
- En Colección COLORADO:**
360.— Los caballeros.

CAPÍTULO PRIMERO

La casa era alta, estrecha, y debía haber sido edificada en tiempos de Enrique IV. Toda ella era de piedra, en la cual aparecían ya abundantes grietas. Las ventanas eran de cristales emplomados, y todo el edificio en conjunto causaba esa impresión que producen los viejos inmuebles habilitados para museos, para archivos nacionales o para bibliotecas donde los volúmenes duermen a veces un sueño de siglos.

Jessica se detuvo, abrió su bolso y extrajo de él la tarjeta donde constaba la dirección.

Sí, era aquella, no cabía duda alguna.

Además llevaba aún encima aquel anuncio de «Le Fígaro» donde había leído la petición: *«Se solicita mecanógrafa rápida para guionista cinematográfico. Preferible con experiencia en esta clase de trabajo. Excelente retribución, a convenir».*

La dirección era aquella.

Jessica penetró en el estrecho portal mientras se decía, con desaliento, que probablemente no podría pagarle muy bien el hombre que no tenía más remedio que vivir en aquella casa.

Pero, una vez dentro, se llevó una sorpresa.

El vestíbulo estaba alfombrado en rojo y restaurado por completo. Un ascensor silencioso funcionaba al fondo, sin romper la casi mágica armonía del conjunto. La calefacción funcionaba al máximo, eliminando el frío secular de las viejas piedras. Tras un «comptoir» de caoba reluciente, un conserje la examinaba de pies a cabeza con una expresiva sonrisa.

Jessica cambió en un instante su concepto del edificio. Aquella no era una casa ruinoso para viejos jubilados, sino un edificio clásico donde millonarios hastiados de todo se dedicaban a sus «hobbys» en un ambiente lleno de sugerencias.

Sus ánimos se elevaron como la espuma en una jarra. Seguramente le pagarían bien.

El guionista que habitaba en aquel lugar no debía ser un cualquiera.

¿Qué películas pretendería hacer? ¿Enigmáticas, como algunas de Julien Duvivier? ¿Ambientales, como las de Marcel Camus? ¿Sorpresivas, como las de Truffaut? ¿Nostálgicas, como las de las buenas épocas de René Clair?

La voz del conserje sacó a Jessica del pozo profundo en que la habían hundido sus pensamientos.

—¿Señorita...?

Jessica alzó la cabeza.

—Quisiera ver al señor Auguste Rambler, guionista cinematográfico.

—Ah, ya... —en la voz del conserje sonó un leve tono de desencanto. A lo mejor el tío pensaba que Jessica había venido a verle a él—. Segundo piso. No se equivocará; toda la planta está ocupada por el señor Rambler.

—Gracias.

La muchacha tomó el ascensor.

El vestíbulo alfombrado pareció llenarse de un especial encanto con la sola presencia de su figura esbelta, con el roce de sus zapatos de alto tacón y el brillo mate de sus medias.

El conserje dijo:

—¡Cuerno!

Y se le quitaron las ganas de hablar instantáneamente. Buscó en el periódico «Le Monde» de aquel día por si había algún curso para hacerse rápidamente guionista cinematográfico por correspondencia.

* * *

Auguste Rambler resultó ser un hombre mucho más joven de lo que Jessica pensaba.

No era un crío, desde luego, pero tampoco tenía esa edad que se supone ha de tener un fulano que contrata secretarias «made in France» y vive en una especie de castillo feudal convertido a fuerza de billetes en una bombonera de lujo.

Auguste Rambler tendría unos treinta y siete años. Vestía, eso sí, como Jessica imaginaba que han de vestir los guionistas de éxito: pantalón gris, americana sport bien cortada, camisa finamente estampada y pañuelo anudado al cuello, sustituyendo con ventaja la corbata. Un olor a colonia fresca y a tabaco rubio terminaban de perfilar la silueta de aquel hombre, que hubiera podido aparecer perfectamente en la portada de una revista del gran mundo.

El tipo no estaba mal, además. Tenía unas facciones agradables y viriles, unos ojos castaños que sabían mirar intensamente y una figura esbelta y cuidada de hombre que hace mucho deporte. Indicó a Jessica que se sentase en una de las butacas de su hermoso despacho tapizado de rojo.

Era educado, además de todas las otras cosas.

Jessica cruzó las piernas, y observó, con cierto secreto desencanto, que él no las miraba ni una sola vez.

Por el contrario, se sentó al otro lado de su mesa, a cierta distancia de ella, y observó a través de la ventana lo que podía verse desde aquel barrio del viejo París, cercano a la plaza de los Vosgos.

—¿Cómo se llama usted, señorita? —preguntó.

—Jessica Albert.

—¿Francesa?

—Por supuesto, *monsieur*.

—No me llame *monsieur*, se lo ruego. Hay palabras que le envejecen a

uno de una manera misteriosa. Llámeme Auguste.

—Con mucho gusto, si usted me lo permite.

Jessica contestaba con mucha seriedad, como una chica muy formalita, pero tenía cuidado de no bajar ni un milímetro la falda que estaba muy por encima de la línea de sus rodillas.

—¿Tiene experiencia cinematográfica? Quiero decir, ¿ha copiado guiones antes de ahora?

—Sí.

—¿Para qué guionista?

—No lo sé.

—¿Cómo que no lo sabe?

Jessica sonrió un poco confusa, pero realmente había dicho la verdad.

—No lo sé porque hacía el trabajo indirectamente. Una amiga mía estaba empleada en una Productora. Le daban guiones a copiar, y ella me los traspasaba a mí, reservándose un cuarenta por ciento del precio. Yo hacía el trabajo en casa y nunca me enteré para quién era realmente. Pero quiero decirle con esto... quiero decirle que estoy familiarizada con los planos, los encuadres y los términos técnicos que emplea un guionista de cine. Puedo hacer el trabajo a su satisfacción... Auguste.

—De acuerdo, pero debo advertirle honradamente que el trabajo es agotador en extremo.

—¿Agotador? ¿Por qué? Yo he copiado durante largas horas sin fatigarme.

—Es que se trata de empezar un guion y terminarlo. Terminarlo... justamente en tres días.

—¡No es posible!

—Por eso le digo que habrá que trabajar intensamente.

La muchacha suspiró de una forma animosa.

—Al menos tendrá pensado el guion en todos sus detalles, ¿no?

—No tengo ni idea.

—Eso no es posible, *monsieur*... digo Auguste.

—¡Claro que es posible! Usted no conoce cómo se trabaja en este mundo loco del cine, Jessica —el hombre parecía haberse exaltado de repente—. Durante meses y meses no hay trabajo, no hay nada que hacer, y uno empieza a pensar que acabará pidiendo limosna en un bulevar o comiéndose los puños de la camisa. Vas a ver a los productores y te dicen que hay que esperar, que todavía hay que hacer muchos trámites. Por fin se llega a un acuerdo para el guion, uno se pone a trabajar como Dios manda, es decir, calmadamente, y termina su trabajo en el plazo convenido. Va y lo entrega.

Se puso en pie, fue a un mueble bar que había en un ángulo de la estancia —consistente en un gigantesco globo terráqueo que se abría por la mitad—, y sin transición se puso a llenar dos vasos de *whisky*.

—Va y lo entrega... —repetió—, pero se lleva un desengaño. De

repente el productor ha descubierto una chica que es todo un hallazgo, que es todo un bombón, y que resulta una gran artista porque tiene unas piernas de campeonato. ¡Claro! ¿Cómo no se va a ser buena artista con unas piernas así? A partir de ese momento, el productor está convencido de que todo el mundo es idiota menos la chica. Lo primero que se le ocurre, naturalmente, es que hay que reformar el guion.

Sin mirar a la muchacha le tendió un vaso de *whisky* puro. Ella lo tomó tímidamente.

—Hay que reformar el guion, porque resulta que en la idea primitiva del argumento la protagonista era una monja misionera en el Congo, y una monja misionera no puede enseñar las piernas. Por consiguiente hay que transformarla en una artista de cabaret. Naturalmente, este cabaret sigue estando en el Congo, pero el productor piensa entonces que a su descubrimiento le cae fantásticamente un abrigo de piel de oso polar que él acaba de regalarle. ¡Nada más fácil! Se llama al guionista y se le dice que la acción tiene que transcurrir en Helsinki, porque si no no hay película. Se piensa entonces que la protagonista podría ser una espía rusa. Eso además daría motivo para nuevas y más audaces exhibiciones de piernas. Los guionistas se ponen a trabajar, pero en ese momento se descubre que el embajador ruso y el general De Gaulle se han bebido juntos media botella de champaña. ¡Nada de espías soviéticas! ¡Quién sabe si la película no podría ser exportada fuera de las fronteras de Francia! Entonces se decide trasladar la acción al Canadá, y la chica del cabaret pasa a ser la novia de un trampero celoso. Normalmente a estas alturas el guionista ya no sabe si su protagonista es una santa misionera, una burguesa, una espía o una prostituta. No sabe si la matarán unos caníbales, si la devorará un oso o se la llevará el F.B.I. metida dentro de una jaula. Pero las complicaciones no han terminado ahí.

Bebió un largo trago de *whisky*, animó a la muchacha a hacer lo mismo con un gesto y continuó:

—¡Claro que no han terminado ahí! De repente una mañana el productor se levanta y se da cuenta de que está al borde de la ruina. Ya ha gastado un montón de francos con su nueva estrella, ya ha ofrecido tres banquetes para lucirla, cada uno de ellos con setecientos gorriones a la mesa, ya ha asistido a tres ruedas de Prensa para hacer propaganda y ha pagado al menos dos publi-reportajes en el «París Match». ¡Además los guionistas están cobrando, cobrando los muy indecentes desde que él empezó a meter en el guion sus ideas! Entonces da una orden tajante; «Se empieza a rodar dentro de tres días». Uno tiene que olvidarse de todo lo que ha hecho y montar en ese tiempo un guion cualquiera en el cual salga la chica y las piernas de la chica. Normalmente el guion será una birria, pero, como el productor ya está aburrido, hay grandes probabilidades de que le parezca maravilloso —abrió los brazos y susurró—: Ese es mi caso, señorita Albert.

Jessica sonrió.

Había bebido un sorbo de *whisky* puro y este le quemaba en la garganta, pero a pesar de eso sonreía. Sonreía casi feliz.

—Es usted un tipo divertido, Auguste, si me permite que se lo diga.

—¿Yo divertido? ¿Por qué?

—Tiene una visión muy personal y muy humana de lo que son esas cosas.

—No he hecho más que reflejar la pura realidad.

—¿Y el guion que ha de terminar en tres días es uno de los de esa clase?

—Ujú.

—¿Para qué director trabaja?

—No sé aún quién la dirigirá. Supongo que será una persona con categoría, porque no piensan escatimar cien francos.

—¿Y qué clase de película?

—Policíaca. Policíaca de «suspense».

Jessica lanzó un suspiro.

—Eso es más difícil.

—Sí... Uno puede inventar una historieta sentimental en tres días, con su chica cándida que luego resulta un gavilán y con un conquistador que se las sabe todas, pero al que acaban metiendo atado de pies y manos en una sacristía. Al público, sobre todo a las mujeres, les gusta eso quizá porque son un poco sádicas. Pero una trama policíaca que sea un poco ingeniosa resulta más difícil de inventar.

Bebió otro sorbo de *whisky* y añadió, volviéndose bruscamente hacia la muchacha:

—Por eso le he dicho que el trabajo sería muy duro. Páginas enteras que se han copiado amorosamente luego tienen que ser destruidas. El que es bueno al principio puede transformarse al final en un malo que da náuseas. Quizá sea preciso estar dos noches sin dormir, lo cual no está al alcance de cualquier muchacha.

Jessica apretó los labios con un gesto de decisión.

—Yo estoy dispuesta a intentarlo... y a salir airosa de la prueba.

—¿Sabe que antes se han presentado otras aspirantes al puesto? Pero he tenido que desecharlas.

—¿Por qué?

—Eran demasiado viejas.

Cosa curiosa, a pesar de lo que acababa de decir, el hombre no se había fijado aún en sus piernas.

—¿Temió que no pudieran resistir la fatiga de esos tres días ininterrumpidos de trabajo?

—Eso es. ¡Acertó!

—Yo puedo resistirlos. Si la fatiga me vence, si dejo el trabajo a medio terminar, no me pague.

Había en la muchacha una decisión ingenua y casi conmovedora, pero Auguste Rambler no pareció advertirlo.

La referencia al pago le situó, al fin, en el terreno de las cosas absolutamente concretas.

—¿Cuánto quiere usted ganar, señorita Albert?

—Cien francos diarios.

El hombre no discutió el precio.

—Tres días, trescientos francos. Si terminamos el trabajo puntualmente le daré quinientos, señorita Albert. Lo haré incluso si el trabajo se retrasa por culpa mía, no suya. Aunque no se retrasará, desde luego. Si ocurriese así, yo perdería una colaboración que puede darme grandes beneficios.

Volvió a su mesa y entonces, por primera vez, pareció fijarse en las rodillas de la chica.

Parpadeó dos veces.

Tres.

Cuatro.

Fin. Nos exponemos a que el editor haga cortar esta página.

* * *

Cuando hubo mirado las rodillas de la chica, cuando se hubo dado cuenta de que una joven tan maravillosa existía realmente y además estaba allí, Auguste Rambler suspiró con cansancio.

Parecía preguntarse si una belleza semejante no sería un obstáculo para la buena marcha del trabajo, y Jessica leyó aquella pregunta en los ojos del hombre.

Inmediatamente hizo lo que hasta entonces no había hecho, la muy ingenua.

Se estiró un poco la falda.

—Soy una persona de absoluta seriedad, señor Rambler —dijo con un tono lleno de eficiencia.

—No lo dudo, pero deberá usted dormir aquí. Me pregunto si ha pensado en eso, señorita Albert.

—No... no lo había pensado. ¿Es indispensable?

—Desde todos los puntos de vista, señorita Albert.

Ella se mordió el labio inferior.

Sus ojos brillaron un momento.

—Acepto —dijo al fin, con voz perfectamente opaca.

—¿Por qué acepta, señorita Albert? ¿Se da cuenta de que, en esas circunstancias, el trabajo puede no ser interesante?

—Necesito el dinero. Necesito ese dinero angustiosamente.

—¿Por qué?

La muchacha dijo con un soplo de vos:

—Mi único hermano va a morir. Será ejecutado dentro de cinco días.

CAPÍTULO II

El abogado Besnier tenía cinco cosas que casi todos sus colegas y sus no colegas le envidiaban.

Esas cinco cosas eran:

Un despacho despampanante en los Campos Elíseos, con una clientela despampanante también.

Una cuenta corriente en la central del «Credit Lyonnais» que le daba derecho a llevarse casi, casi la mitad del edificio.

Un castillo en Normandía.

Un «Jaguar» color blanco y un «Mercedes» color gris.

Una estupenda secretaria para todo que él se cuidaba muy bien de cambiar cada temporada.

Claro que había otra cosa que nadie le envidiaba, y eran los cincuenta y cinco años largos que Besnier llevaba sobre sus espaldas.

En fin, ese, más o menos, era Besnier.

Aquella mañana estaba muy ocupado preparando una demanda contra el Estado francés a causa de unas expropiaciones cuando entró en el despacho Jacques Tordu, uno de sus ayudantes.

Jacques tenía sobre su jefe la ventaja de contar solo veinticinco años, pero todo lo demás eran pegas. Porque él no tenía ni «Jaguar», ni castillo, ni secretaria intercambiable ni nada.

Solo unos enormes deseos de trabajar y un gran amor a su profesión, lo que si bien se mira, en estos tiempos por los que corremos, no es gran cosa.

Esperó a que su jefe levantara los ojos de los papeles y puso un abultado «dossier» encima de la mesa.

—La condena de René Albert —dijo.

El ilustre abogado Besnier arqueó las cejas.

—¿La condena de quién? ¿De qué?

—Todo el sumario de René Albert. Está condenado a muerte y usted prometió salvarle la vida.

—¿Prometí? ¿Prometí? Bueno, para eso habrá tiempo, ¿no?

Jacques Tordu suspiró cansinamente ante el despiste de su jefe.

—Lo ejecutan dentro de cinco días.

—¡Diablos! Lo ejecutan. Eso está mal. ¿Y por qué?

—Usted lo sabrá, puesto que aconsejó una revisión de la causa a su hermana, la señorita Jessica Albert.

El nombre de Jessica disipó por fin las espesas brumas que cubrían el cerebro de Besnier. Puso los ojos en blanco.

—Ah, aquella chica... Una maravilla, Tordu, puede creerme... Una maravilla. Lástima que no quisiera emplearse como secretaria. En fin, yo le

dije que me encargaría de salvar a su hermano, pero no contaba con que me llegaría con urgencia ese asunto de las expropiaciones. ¿Sabe lo que significa este asunto, Tordu? Está metida en él una de las Sociedades Inmobiliarias más importantes de Francia, y se ventilan dos centenares de millones de francos nuevos. Naturalmente, no puedo dejarlo. Además... ¡además yo no sé por qué me enredé con esa chica! Quizá eran sus ojos inocentes o quizá sus rodillas, que ella enseñaba un poco más de la cuenta. El caso es que le hubiera prometido salvar al mariscal Petain, a pesar de que hace años que el mariscal está muerto. Bueno, ¿y qué hago ahora yo?

—Supongo que habrá pensado en algo para la revisión del proceso.

—¡Es que es todo tan urgente! Necesito una prueba maciza, una prueba construida con pedazos de roca, para que el tribunal no pueda deshacerla. Ese hombre estaba condenado por el asesinato de una anciana, ¿no?

—Justo; eso es.

—Y la tesis del abogado que la defendió consistía en afirmar que se trataba de un suicidio, ¿verdad?

—Exacto.

Besnier tenía una memoria infalible, y no olvidaba un dato de un proceso, aunque en la cabeza tuviera otros cien más.

—Yo pensaba demostrar que el día y a la hora del crimen estaba en otro sitio. ¿Pero cómo lo hago? Solo con una prueba inatacable será aplazada la ejecución y revisado todo el proceso. ¿Qué hago? —Besnier alzó los brazos al cielo—. *Mon Dieu!* Ya estoy viendo que me comprometí demasiado aprisa con una chica que tenía las piernas bonitas. Lo malo es que... ¡lo malo es que entonces me pareció tan fácil!

—Las mujeres hacen que todo nos parezca fácil, señor Besnier. Hasta el problema de mantenerlas.

—El caso es que ahora hay que buscar esa prueba...

—Usted pensaría ya en algo, ¿no?

—Pensaba en ir a ver al condenado, como primera medida. Esas entrevistas raramente me fallan, Jacques, ya lo sabe. Si se trataba de un inocente lo hubiera captado al primer golpe de vista, y a partir de ahí todo lo demás, incluso lo más difícil, se hubiese hecho posible. ¡Pero no tengo tiempo, *Mon Dieu!* ¡A duras penas podré atender lo de esas expropiaciones antes de que expire el plazo! ¡Si voy a ver a ese hombre a la Santé y me ocupo de su asunto, voy a ser responsable de que otros clientes pierdan dos centenares de millones!

—En tal caso no debió aceptar el asunto —se atrevió a decir Jacques.

Otra vez Besnier volvió a alzar los brazos al cielo.

No dijo nada. ¿Qué iba a decir?

Jacques se hizo cargo de que no se puede echar del despacho a una chica despampanante y que además está cargada de esperanza.

—De todos modos hizo mal —susurró—. Debió pensar que es usted un hombre muy ocupado.

—Lo pensé, pero... ¡Oiga, Jacques!

—¿Qué?

—¡Usted va a hacerse cargo de ese asunto!

—Me lo temía. No debí haber entrado aquí.

—Vaya inmediatamente a la Santé a ver a ese hombre y hable largo y tendido con él. Trate de sonsacarle lo que su abogado defensor no le sacó. ¡Trate de hallar algo que nos sirva para encontrar una prueba antes de cuatro días exactos! ¡En el que haga cinco ya será demasiado tarde!

—He leído las actas del proceso y... me temo que ello será imposible.

—¿Imposible? ¿Por qué?

—Él dice que visitó a la vieja, a la cual daba masaje todas las semanas. Ya sabe lo que ocurre con esas viejas loros de la *dolce vita*, señor Besnier. Se derriten por que un muchacho les dé masaje en sus carnes fofas. Luego él vio en una repisa una polvera de oro puro, tuvo un mal pensamiento y se la llevó. A continuación estuvo vagando por las calles, *por calles donde no le conocía nadie*, y sin ver a ningún amigo que pudiera testificarlo. ¿Qué clase de prueba puede buscarse en una situación así? ¿Cree que es posible?

Besnier suspiró con cansancio.

—Me hago cargo, pero de todos modos vaya a verle.

Y recuerde que son cuatro días, no cinco. A la madrugada del quinto tendrá lugar la ejecución.

Jacques salió del despacho sin saber absolutamente por dónde empezar.

El condenado a muerte ya podía ponerse a rezar por anticipado.

CAPÍTULO III

—¿Para salvar a su hermano necesita tanto dinero? —preguntó suavemente Auguste Rambler—. Bueno... —rectificó—, ya me hago cargo de que no es ninguna fortuna lo que voy a pagarle. ¿Pero es que con ese dinero va a conseguir cambiar una sentencia de muerte?

—No lo sé... pero al menos debo intentarlo —se retorció los dedos angustiosamente—. Los honorarios del abogado Besnier serán elevados. Es uno de los más prestigiosos y más caros de Francia.

—Me temo que no tendrá bastante con lo que yo le pague.

—Con eso y con unos pocos ahorros creo que podré hacer frente a la situación.

La mirada de la muchacha era sincera; su expresión era dulce y suave; sus dedos temblaban levemente.

¡Y además tenía unas piernas como para dar detrás de ellas la vuelta a Francia!

Rambler se declaró convencido.

—De acuerdo, Jessica, queda contratada. ¿Cuándo puede empezar a trabajar?

—Ahora mismo, por supuesto. Y... muchas gracias.

Rambler terminó el contenido de su vaso de *whisky*. La muchacha dejó el suyo casi intacto sobre una mesita.

Se despojó de la chaquetilla de su vestido «dos piezas» y su figura se realzó casi mágicamente a la luz del atardecer. Auguste Rambler abrió mucho los ojos. Luego los cerró pensando quizá en un *strip-tease* imposible. Ella ya se había sentado ante la máquina que estaba a un lado de la suntuosa habitación.

—Podemos empezar, *monsieur*.

—¿Empezar? Infiernos, es terrible esa palabra cuando uno no tiene ideas... Veamos... La acción debe empezar en París, ¿no? ¿Qué le parece París, Jessica?

—Pues que es una ciudad maravillosa.

—¿Y lo suficientemente enigmática para una película de *suspense*?

—En según qué barrios, París es casi digno de una película de Drácula. Puede estar tranquilo.

—Es que no se tratará de una película de ambiente sórdido, sino más bien de clase media. ¿En qué calle de París podríamos situar el principio de la acción?

Jessica se maravilló un poco de que un guionista profesional como Rambler tuviera tan pocas ideas sobre el guion que había de escribir, y que se viese obligado a improvisar de tal modo. Pero silenció estos

pensamientos mientras miraba exclusivamente la máquina.

En vista de que no contestaba, Rambler dijo:

—Esta calle está cerca del Panteón. Es un buen sitio.

—En efecto.

—¿La rue Soufflot?

La muchacha empezó a escribir obedientemente: «Escenario en la rue Soufflot». Se volvió luego a Rambler para preguntar—: ¿Día o noche?

—De día. Una película de suspense debe graduar las emociones de poco a mucho, y si empieza de noche el espectador tiene la sensación de que la han iniciado por el final. Vamos a imaginar la rue Soufflot de día, con sus centenares de estudiantes de todas las razas caminando arriba y abajo por ella. Vamos a imaginarla con el tráfico de coches que le es habitual. La cámara se desplazará por ella y ascenderá hasta una ventana.

La muchacha escribió:

«*Travelling*. La cámara recoge el ambiente de la rue Soufflot a una hora agitada del día. Impresionante tráfico de coches en todas direcciones, y centenares de estudiantes de todas las razas caminando por ella arriba y abajo. La cámara asciende entonces, siguiendo el *travelling*, hacia una ventana».

Jessica alzó la cabeza.

—¿Qué clase de ventana?

—Oh, es indiferente... Bueno, tal vez tratándose de los primeros planos convendrá que esa ventana tenga algo especial, capaz de llamar la atención del lector. Por ejemplo, que haya junto a ella, en la pared, una mancha de sangre.

La idea sorprendió a la muchacha.

—¿Una mancha de sangre?

—Bueno, no exactamente eso, porque no está justificada una mancha de esa clase en una pared a gran altura, pero debe dar la sensación. Luego la cámara seguirá ascendiendo para enfocar un andamio que está en la ventana superior. En él veremos que esa ventana está siendo pintada de rojo, y una mancha ha caído sobre la pared, un poco más abajo.

—¿La película será en colores?

—Sí.

Jessica sonrió.

—Me parece todo ello una excelente idea.

—De vez en cuando tengo algunas, pero no siempre.

Jessica se puso a teclear. No necesitaba que él le diera la descripción de los planos. Había copiado muchos guiones y sabía en cada momento qué orientaciones se tenían que dar al director. Después de unos minutos de trabajo volvió a alzar la cabeza.

—¿Qué se ve en esa ventana?

—Pues... podría verse una mujer asustada, por ejemplo, pero significaría dar al público, ya de entrada, un plano demasiado detonante. Lo

mejor es que se vea enmarcado en ella a un hombre que fuma pensativamente.

—¿Un hombre? ¿De qué edad?

—Eso lo decidiremos más adelante, de acuerdo con la marcha del guion. Ponga usted simplemente «un hombre» y deje algunas líneas en blanco para la descripción. Ese hombre tiene un cigarrillo en los labios y un paquete entre sus dedos, el cual terminará arrugando como prueba de su nerviosismo. El paquete puede ser de una conocida marca. Por ejemplo, «Winston». Sí, pongan «Winston».

La muchacha hizo lo que se le ordenaba, distribuyendo en forma técnica las instrucciones del guionista. El trabajo no le iba pareciendo tan pesado ni tan aburrido como había temido al principio.

—De modo que tenemos una ventana que da a la rue Soufflot y un hombre fumando tras los cristales de esta. ¿Qué más?

Auguste Rambler meditó durante unos instantes. Al fin volvió a ponerse en el vaso unos dedos de *whisky*.

Pareció buscar algo en sus bolsillos y no lo encontró.

—¿Necesita alguna cosa, *monsieur*?

—Sí, mis cigarrillos. Suelo llevarlos encima, pero ahora los habré dejado en una mesita que hay en el vestíbulo.

—Yo sé los traeré —dijo Jessica dócilmente.

—Gracias.

La muchacha fue al vestíbulo, que era la habitación contigua, y efectivamente vio un paquete de cigarrillos sobre la mesa que ocupaba el centro de la pieza.

Los cigarrillos eran marca «Winston».

Jessica los entregó a Rambler.

CAPÍTULO IV

—¿Dónde estábamos?

—Un hombre fuma un cigarrillo junto a la ventana que termina de describirme y acababa arrugando su paquete de cigarrillos en prueba de nerviosismo, *monsieur*.

Jessica había vuelto a sentarse ante la máquina. De sus rodillas, muy juntas, se desprendía el brillo mate de las medias.

—Lo que hay que buscar ahora es una causa razonable para que ese hombre esté nervioso —musitó Rambler.

—Cierto, *monsieur*.

A la muchacha casi le divertía observar las vacilaciones del guionista, y desde luego le admiraba que una cosa tan seria, y en torno a la cual se movían tantos intereses, pudiera ser improvisada de ese modo.

Sin embargo, ¿no son más frescas las ideas cuando se las deja libres? ¿No podría resultar así una gran película?

Rambler continuó:

—Evidentemente ese hombre ha de estar preocupado por algo, y el espectador ha de ir adivinando por sí mismo qué es lo que le preocupa. Supongamos que le han anunciado un crimen.

—¿Los crímenes se anuncian...?

—Quiero decir que le han amenazado.

—¿Con matarle a él?

—Oh, no... Eso sería demasiado simple. La gente no se emociona cuando la víctima va a ser un hombre, sobre todo un hombre sano y fuerte como el que lógicamente presentaremos en la película. Por supuesto, resultará más natural que la presunta víctima sea una mujer.

—¿Si todavía no hemos hecho aparecer a ninguna!

—Ya aparecerá. O más bien... Más bien creo que esa mujer debe ser adivinada por el espectador. Por ejemplo, la conoceremos de momento tan solo por medio de un retrato que el hombre tiene en la habitación. La cámara penetrará en esta, pasará junto al hombre y enfocará el retrato a poca distancia.

La muchacha escribió sin dilación: «Sigue *travelling*. La cámara penetra en la habitación donde se halla el hombre, pasa junto a él y enfoca en primer plano el retrato enmarcado de una mujer que se halla sobre una mesita...»

De pronto se detuvo.

—¿Cómo será esa mujer?

—Pues... Bueno, la verdad es que no tenía una idea muy clara — Rambler se acarició un momento la barbilla—. Podría decirle que dejase la

descripción en blanco, pero será mejor que afrontemos el problema ya desde ahora. En este punto, señorita Jessica, el cine tiene unas exigencias comerciales muy concretas. La presunta víctima, para que llegue a captar la atención del espectador, tiene que ser joven, atractiva y llena de personalidad. Si la que va a morir es una vieja, la gente se pone a bostezar de la primera a la última fila. Por tanto, describiremos una muchacha que reúna esas condiciones —de pronto la miró fijamente—. Oiga...

—¿Qué, *monsieur Rambler*?

—¿Por qué no puede ser usted?

Jessica lanzó una carcajada. No se sentía alegre, a causa de la inquietud por su hermano, pero aquella situación había llegado a hacérsela olvidar en parte.

—Yo no tengo vocación de víctima ni soy bonita, *monsieur*.

—¿Cómo puede decir que no? Usted es maravillosa.

—Usted me paga un sueldo. No necesita alabarme, *monsieur*.

—No es alabanza. Además... ¿para qué discutir? Usted no será, desgraciadamente, la protagonista de esa película, aunque lo merecería... Pero me será mucho más fácil trabajar si veo a los personajes, y uno de ellos puede ser usted. Luego el director y el productor harán lo que les venga en gana, pero por el momento nosotros simplificaremos la cuestión. ¿Tiene inconveniente en describirse usted misma, Jessica?

Ella contuvo una sonrisa.

—¿Por qué había de tenerlo?

Tecleó rápidamente durante unos minutos, dando una descripción muy breve y objetiva de su propia figura. La verdad es que ella sabía que no era fea, pero ahora la cuestión tomaba un aspecto nuevo. Le costó mucho trabajo hacer su propia descripción y ser al mismo tiempo absolutamente imparcial.

Luego levantó la cabeza.

—Situación resuelta, mi general.

—Parece que dé usted un parte de guerra... Veamos lo que hace el hombre. El deposita el cigarrillo sobre un cenicero y mira el retrato, sin abandonar su semblante preocupado.

Jessica copió.

Los planos por ella descritos eran certeros y exactos, y el guion, aunque un poco a trancas y barrancas, avanzaba con más rapidez de lo que había sospechado al principio.

—El hombre hace entonces algo sorprendente —continuó Rambler—. Toma de un cajón de la misma mesita un poco de papel adhesivo negro y unas tijeras, corta un pedazo de ese papel y lo pega sobre el retrato, en diagonal.

—¿De la misma forma que se pone un detalle de luto sobre los retratos de los muertos?

—Justamente.

La muchacha copió, pero una leve arruga vertical se había formado entre sus dos ojos.

—¿Es que no le gusta la idea, Jessica?

—Me temo que la gente no la entienda. Es que así da la sensación de que la muchacha ya está muerta.

Rambler encendió un cigarrillo.

—Es que pretendo conseguir un golpe de efecto. Haremos que la cámara se desplace a continuación siguiendo los movimientos del hombre. Este abrirá una puerta, que corresponde a un dormitorio. Dentro estará la misma muchacha del retrato, dormida. Conviene que se encuentre sobre la cama y un poco en *déshabillée*. Una mujer bonita y que insinúe alguna curva siempre significa un buen principio para una película.

—Pero me temo, *monsieur*, que la gente, después de darse cuenta de que la muchacha no está muerta en realidad, no sepa si va a matarla el propio hombre que ya ha aparecido u otra persona distinta.

Rambler sonrió.

—El espectador no debe tener ninguna respuesta en los primeros planos de la película, Jessica. Solo ha de tener interrogantes, de lo contrario el suspense acabaría enseguida. ¿Ve usted bien lo que acabo de decirle o prefiere que se lo distribuya en planos?

—No, gracias. Lo veo perfectamente. He copiado ya muchos guiones de cine, *monsieur*.

Jessica tecleó. Había dicho la verdad al afirmar que la situación se le aparecía claramente dibujada. La división en planos no representó para ella ninguna dificultad, aunque supuso que Rambler efectuaría luego una corrección a fondo y sería preciso copiar el guion nuevamente, todo entero.

Iba a resultar un trabajo pesado, pero ella lo soportaría. Necesitaba angustiosamente aquel dinero en un último intento por salvar la vida de René. Precisaba tenerlo en un par de días, y no había ningún otro trabajo honrado que pudiera proporcionárselo tan rápidamente.

—Listo —dijo, al cabo de unos instantes.

Rambler consultó su reloj.

—¿No quiere descansar unos momentos, Jessica?

—No necesita molestarse por raí, no estoy fatigada.

—Es que voy a telefonar a mí productor. Quiero decirle que todo está en marcha y que cumpliré mi palabra. Puede usted aprovechar para estirar un poco las piernas y enterarse de cómo es este apartamento. No en vano va a pasar en él dos o tres días.

Ella se puso en pie, sonriendo.

La verdad era que agradecía aquel pequeño alto. Trabajando a ráfagas quizá no se le haría tan pesada la primera parte de la tarea. Se ajustó un poco la falda, que lamía la línea de sus caderas como una caricia, y mientras él se dirigía hacia el teléfono que estaba sobre la mesa, dirigió una mirada en torno suyo.

La habitación donde estaban, como ya había observado antes, era un despacho-living lujosamente amueblado, donde la austeridad se conjugaba con la más refinada elegancia. Allí había cuatro puertas.

Una daba al vestíbulo por el que ella había entrado. Las otras tres se abrían a otras tantas habitaciones ignoradas para la muchacha.

Haciendo uso del permiso que le había dado Rambler, empujó la primera puerta.

Esta daba a un dormitorio también lujosamente amueblado, a cuyo fondo se distinguía la puerta entreabierta de un cuarto de aseo.

La muchacha cerró. Unir las palabras dormitorio-hombre siempre ha asustado un poco a las chicas decentes, por poca imaginación que estas tengan a veces.

Abrió la segunda puerta.

Esta daba a una pequeña cocina con *frigidaire* y aire acondicionado. Era muy pequeña y muy coquetona. El tipo de cocina para que toda las mujeres han soñado alguna vez, aunque no lo digan al novio para no asustarlo demasiado pronto.

Rambler hablaba por teléfono. Su voz llegaba hasta la habitación clara y concretamente:

—Sí... Claro que tendré el guion. No me retrasaré ni un minuto del plazo fijado, se lo prometo.

...

—No hay razón para que crea lo contrario.

...

—¿Dice que vendrá a retirar los trajes?

...

—¡Claro! ¡Venga a buscarlos cuando quiera! ¡No hacen más que molestarme!

Rambler colgó.

Desde el sitio donde estaba veía a la muchacha recortarse a la luz clara de la cocina, veía su silueta suave y elegante que parecía llenar la habitación de un modo misterioso, como si la habitación, sin ella, no fuese nada.

Pensó, por un momento, en algo que no era *strip-tease*. Pensó en un hogar donde le esperase una mujer como aquella, un hogar que estuviese lleno de su distinción, de su presencia.

Meneó la cabeza, disipando aquella idea. Notó que Jessica le miraba desde la puerta.

—¿Ocurre algo, *monsieur*?

—Nada. Ese imbécil del productor enviará a alguien para retirar sus trajes. Tiene seis o siete.

—¿Sus... trajes?

—El productor vivía antes aquí. Este apartamento es suyo. Me lo tiene cedido mientras yo resida en París.

—Ah, ya.

En la voz de la muchacha había palpitado, no sabía bien por qué, como un deje de desencanto.

—¿Así no es esta su casa, *monsieur Rambler*?

—No. Yo vivo habitualmente en un sitio mucho más bonito.

—¿Dónde?

—Junto al mar, cerca de Mount Saint Michel.

—Debe ser un sitio maravilloso.

—Lo es. Sé que lo dice usted por simple cortesía, pero realmente es un sitio donde vale la pena vivir. Lamento que las circunstancias me obliguen a trabajar en París. ¿Qué le parece esto, Jessica?

—Es encantador.

—Luego me tendrá que ayudar a separar unos trajes. ¿Querrá?

—Por supuesto. ¿Continuamos?

—No, no... Descanse un poco más. Yo me prepararé otro *whisky* mientras refresco las ideas.

Jessica pensó que Rambler bebía demasiado, pero aquello, se dijo, no era asunto suyo.

Abrió la última puerta.

Esta daba a un dormitorio más pequeño, donde supuso que debería dormir ella si pasaba la noche allí. Había una cama de madera clara muy confortable, una butaca tapizada con cretona roja y una mesita situada junto a la ventana. Sobre la mesita había un marco portarretratos de piel, pero dentro del marco no se veía, retrato alguno.

Jessica prestó a todo esto una atención superficial, como nos ocurre cuando entramos en una habitación de la que solo pretendemos captar una impresión general, no los detalles.

Por la ventana entraba el sol, y Jessica la abrió mientras la invadía una suave sensación de bienestar.

Pese a ser aquella la parte trasera de la casa, la ventana tenía una vista magnífica. Daba a un pequeño patio y desde allí directamente a la calle. Una calle llena de algarabía, de luz, de vida, con ese aire que solo tienen algunas calles de París.

Jessica no había pensado que aquella casa, situada más bien en un sitio algo sombrío, pudiera tener por detrás una vista tan magnífica.

¿Qué calle debía ser aquella, tan animada?

La muchacha cerró un momento los ojos.

¡La rue Soufflot!

¡La rue Soufflot, con sus miles de coches, con sus estudiantes de todas las razas yendo arriba y abajo, parándose en las librerías, mirando a hurtadillas las rodillas de las chicas que se sentaban en los cafés!

La muchacha abrió los ojos y esbozó una sonrisa.

Era maravilloso.

Volvió a cerrar la ventana y regresó lentamente al despacho, pensando

que quizá Auguste Rambler estaría molesto por su tardanza.

Pero no lo parecía. Él estaba sonriendo amigablemente. Y acababa de encender un nuevo cigarrillo.

CAPÍTULO V

El joven abogado Tordu estaba desanimado.

Había escogido la carrera más estúpida de todas las carreras estúpidas que existen en el mundo, pero lo peor de todo era que ahora ya resultaba tarde para lamentarlo.

Aún resonaban en sus oídos las palabras de su jefe, el todopoderoso Besnier, el abogado de las grandes Compañías internacionales y de las secretarías «pin up» con combinaciones de encaje negro.

—*Hágase cargo de ese asunto.*

¡Hala, a la calle!

¡A buscar pruebas para salvar a un tipo que ya casi estaba viendo cómo afilaban para él la cuchilla de la guillotina!

¿Pero qué pruebas, santo Dios? ¿Qué pruebas?

Un fulano no mal parecido, y con ciertos antecedentes en la Sûreté por haber vivido a costa de las mujeres algunas breves temporadas, se dedica a masajista. Por fin tiene un trabajo honrado y probablemente piensa seguir por el buen camino hasta que estire la pata. Pero el público que acude a las sesiones de masaje es un poco especial. Las chicas de veinte años no necesitan masajes de ninguna clase; los loros de cincuenta años, sí. El gabinete se le llena poco a poco de loros que él no ha buscado, de mujeres cincuentonas que se lo recomiendan sigilosamente las unas a las otras. El nota que se derriten cuando las toca. A veces tiene que contenerse para no retorcerles el pescuezo, pero gana dinero y ese es, al fin y al cabo, un oficio como otro cualquiera. El mal está en algunas de aquellos adefesios de dientes de oro, no en él. Pero el más brillante de aquellos loros le propone un día que le dé masajes en su propio domicilio.

Jacques Tordu se sentó en un café del bulevar de los Italianos. Sus facciones estaban contraídas a causa de sus malditos pensamientos. No se dio cuenta de que estaba haciendo cisco el periódico que llevaba entre las manos.

¡Pruebas! ¡Bonito panorama para encontrar algo que salvase a René Albert! ¡Bonitas explicaciones le había dado él, al visitarle en la Santé!

La vieja que le había citado en su domicilio se derretía antes que las otras, según le había contado René. Le prometió dinero, y él no lo aceptó. La vieja estaba como loca, más perdida, más histérica cada día.

A Jacques Tordu le sirvieron un café y una copa de «Martell». Lo bebió todo sin darse cuenta. El periódico estrujado entre sus dedos ya apenas tenía forma.

De modo que esa era la historia de René Albert... Que solo con esos elementos había que intentar salvar la vida de un hombre... Porque, según

René Albert, había salido después de la sesión de masaje a la hora de todos los días, con la particularidad de que esta vez se llevaba una valiosa polvera de oro. La vieja apareció horas más tarde, cloroformizada y colgada del gancho de una lámpara. No se había visto entrar a nadie en la casa después de la salida de René Albert. ¡Y a este no se le había ocurrido nada mejor que dedicarse a vagar por calles solitarias, donde no le conocía absolutamente nadie!

Jacques echó la cabeza hacia atrás, cerrando los ojos.

El rumor intenso del tráfico de París le zumbaba en los oídos, le llenaba la cabeza, le aturdía poco a poco.

¿Qué familiares tenía René? El zorro de Besnier lo había dicho: Solo una hermana, una hermana que era una lástima no se decidiese a actuar de secretaria. ¿Y si ella pudiese aclararle algo? ¿Y si ella le diera aunque solo fuese la remota iniciación de una pista?

Claro que no es muy brillante el papel de un abogado que visita a su oliente confesándole que no sabe por dónde empezar. Pero a Jacques Tordu no le quedaba otro remedio.

Fue a la cabina telefónica del café.

Las secretarías de Besnier tendrían la ficha de aquella cliente. Le darían una dirección, un número de teléfono, algún sitio donde se la pudiera hallar.

No resolvería nunca aquel caso, y si lo resolvía sería Besnier el que se atribuiría el éxito.

Bueno, ¿qué podía hacer?

En estos momentos tenía la sensación de haber escogido la profesión más estúpida de todas las que existen en el mundo.

Le dieron el teléfono de Jessica Albert, la hermana de René, pero nadie contestaba. Entonces buscó la dirección en la guía y la encontró. Jessica vivía en el bulevar Sebastopol, cerca de la plaza de la Bastilla. Jacques tomó el «Metro» —era inútil intentar desplazarse en coche por las atiborradas calles de París— y se encaminó hacia el domicilio de Jessica.

Este se hallaba cerrado, pero un vecino le dijo que Jessica había ido a buscar un empleo. Un empleo de mecanógrafa.

El joven abogado Jacques Tordu compró «Le Fígaro» y «Le Monde» y se puso a repasar los anuncios ansiosamente, como si buscara un empleo para él mismo.

CAPÍTULO VI

—¿Ya ha descansado bastante, Jessica?

Auguste Rambler sonreía amigablemente. El humo azulado del cigarrillo envolvía su rostro de facciones correctas y finas, en las que la práctica de los deportes había dejado una elegante huella.

—Sí... Y en realidad, pienso que no he venido aquí para descansar, *monsieur*. Podemos continuar el trabajo cuando a usted le parezca.

—¿No está preocupada por el asunto de su hermano?

—Ese es un asunto exclusivamente mío, *monsieur*. No quiero que por esa causa el trabajo se resienta.

—Es que si quiere hacer alguna llamada telefónica...

—No es necesario. El caso está en muy buenas manos. Lo tramita el abogado Besnier.

Rambler se encogió de hombros.

—Nunca lo he oído nombrar. No se mueve en los ambientes de la gente del cine.

La muchacha ya se había sentado de nuevo ante la máquina. Ya había juntado otra vez sus rodillas, sobre las que relucían quedamente las medias.

—Estábamos en que el hombre entra en el dormitorio y ve dormida a la muchacha que se supone ha muerto. ¿Qué más?

—Lo lógico será que ella despierta, ¿no? Es necesario que, llegado aquí, el guion tenga algún diálogo.

—¡Oh, claro! —Y de pronto—: Oiga, *monsieur* Rambler.

—¿Qué?

—Para ambientar el guion se inspira usted en esta misma casa donde nos encontramos ahora, ¿no?

—¿Por qué lo dice?

—Me he dado cuenta de que la ventana que mencionamos en el guion es la misma de esa habitación de al lado.

Rambler sonrió.

—¿Lo dice porque da a la rue Soufflot?

—Bueno, supongo que es por eso... No imaginaba que la ventana diera precisamente a esa calle.

—Hay miles de ventanas desde las que se distingue la rue Soufflot, señorita Albert.

Rambler pareció un poco molesto, como si la pregunta de la muchacha hubiera dado por supuesto que él tenía poca imaginación. Jessica resolvió no hablar más de aquel asunto, y bajó la cabeza.

—Cuando usted quiera podemos continuar, *monsieur*.

—De acuerdo... Entonces hemos dado por supuesto que conviene que la

chica dormida llegue a despertar. Ponga usted que ella abre los ojos de repente y mira ante sí con facciones levemente desencajadas, como si hubiera estado hasta poco antes bajo los efectos de una pesadilla.

Jessica escribió velozmente, dividiendo la escena en dos planos. Luego alzó la cabeza.

—Ya está, *monsieur*.

—El hombre debe parecer un poco inquieto al verla. Incluso intentará salir de la habitación, pero ella le detendrá con un gesto.

—¿Inquieto *él*?

—Le parece extraño, ¿verdad? Bueno, la muchacha es peligrosa.

—¿En qué sentido?

—Supondremos que se ha fugado de un manicomio. Eso se verá con detalle más adelante.

—¿Un manicomio?

—Sí. Y ha matado a la esposa del protagonista.

Jessica Albert casi dio un brinco en su asiento.

Repentinamente aquella historia le interesaba. Le parecía *distinta*. Que el protagonista tuviera en su casa a la asesina de su propia mujer, le parecía una situación no vista hasta entonces en una pantalla.

Escribió nerviosamente, intentando interpretar aquello, procurando dar a cada plano la emoción que ella misma sentía.

Ahora, de repente, tenía la sensación de ser ella la verdadera autora del guion. Le sabría muy mal que Auguste Rambler modificara una sola línea de lo que ella estaba escribiendo.

Terminó en un tiempo *record* y volvió a mirar a su jefe.

—Eso presupone que al principio de la película ya habrá un cadáver, ¿no? —preguntó.

—Sí, desde luego.

—¿Y dónde estará? ¿En la casa?

—No, no... Eso quitaría movilidad a la película. No podemos consentir que todas las escenas queden reducidas al interior de una sola habitación. El cadáver se encuentra en otra casa.

—¿Fuera de París?

—Fuera de París, evidentemente.

A la muchacha aquello le pareció muy natural. Y tuvo la sensación de que, a poco que les acompañara la suerte, el guion sería excelente. Incluso barruntó la posibilidad de pedir más dinero a Rambler, si su productor aceptaba el trabajo enseguida, y por consiguiente lo pagaba.

—El intenta salir —dijo ella, suavemente—. He llegado hasta aquí. Supongo que el protagonista no sale porque algo se lo impide, ¿verdad?

—Efectivamente. Se lo impide con sus palabras la muchacha a la que hemos descrito en la cama. Empieza el diálogo.

—¿Qué nombre daremos a esa muchacha tan sugestiva? Esa que hemos pintado en la cama.

—Un nombre cualquiera. Silvia, por ejemplo.

Jessica escribió: «SILVIA».

—Sus palabras son: «*He matado ya a tu esposa. ¿Qué más quieres de mí? ¿Qué más puedo hacer?*»

Jessica copió.

—Supongo que él contesta —dijo a continuación—. ¿Qué nombre daremos al protagonista?

—Manfred.

Los dedos ágiles y finos de la muchacha teclearon: «MANFRED».

—La respuesta es, simplemente: «Yo nunca te pedí que matases a mí esposa, Silvia». A continuación ella se pondrá en pie lentamente y se acercará al hombre.

Jessica escribió, dividiendo en planos de una manera casi automática. No se daba cuenta del transcurso del tiempo. Cuando la escena estuvo resuelta, volvió a alzar la cabeza.

—¿Qué más, *monsieur*?

El consultó su reloj.

—Es horriblemente tarde.

—Si lo dice por mí, le aseguro que no estoy cansada.

—No lo digo solo por usted. Creo que nos conviene comer algo, y así, además, cambiaremos impresiones. Desgraciadamente esto no es un hotel y no nos podrán servir en la habitación. Podría encargar algo a un restaurante, pero también nos sentará bien a los dos tomar un poco el aire, ¿no?

La muchacha se mostró de acuerdo.

No sentía apetito, pero comprendía que tampoco podía estar allí horas y más horas sin salir y sin tomar nada de alimento.

Se puso en pie.

—Cuando usted quiera, *monsieur*.

—Veo que no conseguiré nunca que me trate con un poco menos de ceremonia, Jessica. Bueno, si me permite me arreglaré un poco antes de salir. ¿Y usted? ¿No quiere arreglarse?

—Tal vez solo pintarme un poco.

Estaba intranquila pensando que él la invitaría a pasar al cuarto de baño, para lo cual le sería necesario atravesar todo el dormitorio y rozar casi la cama. En materia de hombres una no podía estar nunca segura de nada. Pero sintió un gran alivio cuando él le dijo que había otro pequeño cuarto de baño junto al segundo dormitorio, y que podía utilizarlo.

La muchacha lo hizo.

El cuarto de baño era diminuto pero muy moderno. Jessica comprobó que su levísimo maquillaje era correcto y que podía salir a la calle tranquilamente. Consultó su reloj y vio que, efectivamente, era ya la hora del almuerzo.

Abandonó el cuarto de baño.

Por la ventana de la habitación se veía la rue Soufflot, más animada que nunca. Los «libre-service» del barrio latino empezarían a llenarse ya. De las esquinas que llevaban al «Metro» de Carrefour de l'Odeon salían auténticas oleadas de gente.

La muchacha acarició un instante los cristales, maquinalmente.

Bueno, ya sabía que aquella ventana era la misma que aparecía en el guion. No dejaba de ser curioso.

Solo faltaba que junto a ella, en la pared exterior, hubiera una mancha de pintura fresca, una mancha roja, que desde lejos recordase a la sangre.

Jessica abrió aquella ventana, impulsada por una brusca curiosidad, casi por una imposible duda.

Miró hacia la pared. No, desde luego allí no había ninguna mancha. Hubiera sido grotesco.

Pero en cambio oyó voces arriba, y vio entonces, al mirar, un andamio suspendido sobre su cabeza. Unos pintores estaban pintando la ventana superior.

Sintiendo que por un momento se le cortaba la respiración, la muchacha cerró lentamente.

CAPÍTULO VII

El restaurante era pequeño e íntimo. Estaba en el Quai de Conti, a orillas del Sena. Imperaba allí una grata penumbra, los camareros eran silenciosos y eficaces, el vino negro tenía muchos grados y se subía enseguida a la cabeza; la comida, por otra parte, era de primera calidad.

La factura también lo sería, pero Jessica, por el momento, no pensaba en eso. Se había dejado ganar por el discreto encanto del ambiente. Rambler era un excelente conversador, y la verdad fue que hablaron de todo menos de la película.

Solo él hizo una breve alusión a las dificultades que cualquiera encontraba para mantenerse más o menos encumbrado en el mundo cambiante del cine.

—Los productores dicen que mis guiones son absurdos, son increíbles —musitó—. Bueno, no dicen exactamente eso, pero sugieren que se adaptan poco a la realidad de cada día. Yo sostengo que un guion policíaco forzosamente tiene que ser algo que se salga de lo habitual.

—Oh, por supuesto.

—A pesar de lo cual tiene que ser algo que *puede* suceder.

—Estoy de acuerdo con usted, Auguste.

Ahora la muchacha ya no le llamaba «monsieur» y el omitir el tratamiento no le costaba esfuerzo alguno. Incluso a veces tenía la sensación de que se conocían desde muchos años antes.

—Yo demostraré a los productores, concretamente al más incrédulo de todos, aquel para el que trabajo ahora, que mis ideas *pueden* suceder.

—No lo dudo.

—¿Un poco más de champaña?

—He bebido demasiado. Luego no podré trabajar.

—No se preocupe; de todos modos lo terminaremos a tiempo. ¿Qué prefiere con el café? Le sugiero un «Napoleón» solera reservada. Es de lo mejor que puede beberse en Europa.

—Es usted un hombre muy refinado, Auguste.

—Intento solo estar a la altura de mi acompañante. Usted no es una mujer vulgar, Jessica.

Ella entrelazó los dedos. Desde que había finalizado la comida, sus manos inquietas no descansaban sobre la mesa. Rambler lo notaba.

—No le negaré que hace años vivía en un mundo mejor —dijo ella, con un leve susurro—. Mis padres estaban en buena posición, y nos dieron una excelente educación a René y a mí. Desgraciadamente, al morir mi padre, las cosas ya no marcharon del mismo modo. René se desmandó mucho, y yo... yo, para disimular mi miseria, tuve que hacer infinidad de copias a

máquina.

—¿Por qué no buscó un empleo?

—Ya lo hice. Yo tengo un empleo, Auguste. Soy segunda secretaria en una agencia de publicidad.

—¿Cómo puede dedicarme, pues, unos días a mí, sin entorpecer su trabajo normal?

—Es que he pedido mis vacaciones, Auguste. Oficialmente, para mis compañeros de la agencia de publicidad, ahora estoy poco menos que en la playa, disfrutando de la temporada de primavera.

—¿Sabe que solo encuentro una palabra para calificarla a usted, Jessica?

—¿Una sola palabra? ¿Cuál?

—Conmovedora.

Ella sonrió sin ganas, dejando que en sus hermosos labios se dibujara una extraña mueca de cansancio.

—Solo intento salvar a mí hermano, Auguste. Es una cosa tan natural que no tiene el menor mérito.

—Sí lo tiene. No piense que todo el mundo haría un último y angustioso esfuerzo como lo está haciendo usted. ¿Necesita alguna suma de dinero anticipada?

—No, no... Por supuesto que no. Me bastará con que usted me pague al acabar el trabajo. Besnier tampoco me cobrará antes ni un solo franco.

Auguste Rambler pareció meditar unos instantes. Diríase que una idea inesperada acababa de cruzar su mente.

Al fin susurró:

—Intentaré que pase usted unas breves vacaciones, Jessica.

—¿Cómo? —murmuró ella, incrédula.

—Iremos a mí casa cercana a Mount Saint Michel. Está contigua a la playa.

—Pero...

—No, no crea que mi invitación es completamente desinteresada. Estoy pensando que nos conviene situar los últimos planos del guion de la película en aquella casa.

—¿Y hemos de ir allí?

—Usted se sentirá mejor. Hace un tiempo maravilloso en todo Francia. Podremos incluso trabajar en la terraza, al aire libre.

—Si lo que usted dice ha de ser conveniente para la buena marcha del guion, yo estoy a sus órdenes, Auguste.

—Bueno, en todo caso ese es un asunto que no resolveremos aún durante el día de hoy. ¿Dispuesta?

—Sí. Y muchas gracias, Auguste. Ha sido una comida magnífica.

Cuando ya se levantaban, una mujer se acercó pausadamente a ellos.

Era una mujer extraordinaria.

Hubiera llamado la atención en cualquier parte no solo por su belleza,

sino también por su distinción. Vestía exquisitamente, y sus ropas —por otra parte sencillas dentro de su elegancia— las hubiera podido firmar cualquier famoso modista parisiense. Sin embargo, había algo en ella que no era refinado ni distinguido ni siquiera hermoso. Debajo de los ropajes elegantes palpitaba la pasión de la hembra primitiva, una pasión que asomaba por los ojos y se manifestaba en sus movimientos demasiado bruscos, aunque ella intentara dominarse.

La mujer llegó junto a la mesa y murmuró:

—Auguste.

Fue entonces cuando él la vio. Sus facciones palidieron muy levemente.

—Buenos días, Annabel. Es una sorpresa...

—Lo supongo.

—No sabía que estuvieras en París.

—Acabo de llegar.

—Ya, ya... Repito que es una agradable sorpresa —y de pronto, con un gesto amable—: ¿No quieres sentarte, Annabel?

Annabel volvió la cabeza y miró fijamente a Jessica. En sus ojos había una muda pregunta, un leve y lejano desprecio, como si preguntara: «¿Quién eres tú? ¿Qué haces aquí, ocupando el tiempo y las atenciones del famoso Auguste Rambler?»

Jessica fue a decir: «Perdone. Me marché inmediatamente, si mi presencia le molesta. No soy más que una empleada circunstancial».

Pero cuantíe ya movía los labios para pronunciar estas palabras, Auguste se adelantó.

Dijo inesperadamente:

—Annabel, quiero darte también a ti una agradable sorpresa. Te presento a mi esposa.

El asombro más vivo se pintó en los semblantes de las dos mujeres. Tan atónita estaba cada una de ellas que no llegó a darse cuenta del pasmo de la otra. Aunque en el caso de Jessica el asombro era sincero, mientras que en Annabel aquel sentimiento se mezclaba a una dosis no despreciable de rencor.

Dijo suavemente:

—La felicito... ¿Cuál es su nombre?

—Je... Jessica.

—Ha sido un verdadero placer conocerla, Jessica. Y a ti te felicito, Auguste... ¡Has sabido elegir muy bien!

Dio media vuelta y se alejó, tiesa como un poste, hacia la salida del restaurante.

Pese a aquellos gestos bruscos, desabridos, no perdía la elegancia ni la gracia de sus movimientos. Era una mujer que había nacido para encantar, para brillar. Jessica, pese a la rivalidad instintiva que una mujer siente ante otra, reconocía eso.

Enseguida, sin embargo, ese sentimiento se desvaneció.

Quedó el asombro.

—¿Por qué ha dicho que yo era su esposa? —preguntó, mirando a Auguste Rambler.

—Todo tiene su explicación.

—Las mentiras no la tienen, *monsieur*.

Volvía a tratarle de una manera distanciante, un poco seca, como cuando se habían conocido.

—Si quiere escucharme lo comprenderá. Se lo explicaré mientras volvemos a mí apartamento en el coche, para no perder tiempo. En primer lugar he de decirle que esa mujer es una trastornada.

—No lo parece.

—Es una neurótica, una mujer que incluso puede llegar a ser peligrosa.

—Repito que no lo parece.

Auguste Rambler hizo un suave gesto de resignación, mientras abría la portezuela derecha de su coche, para que Jessica pudiera subir. El coche era un «Austin» descapotable color rojo. La brisa de París era una caricia cuando se rodaba a poca velocidad por las soleadas calles.

—Puede llegar a ser peligrosa —repitió él, mientras sacaba el vehículo del angosto aparcamiento—. Está dominada por dos sentimientos que, mezclados, forman una combinación explosiva. Por una parte, siente una cierta predilección hacia mí. Por otra parte, está convencida de ser la más hermosa de las mujeres.

Jessica volvió un poco la cabeza y miró a Auguste Rambler.

Sí. Ciertamente que una mujer podía llegar a perder la cabeza por él, sobre todo si esa mujer quería un hombre «interesante», «distinto». ¿Pero llegaba Annabel a aquel extremo?

—¿Y qué? —susurró—. ¿Por qué dice que esos dos sentimientos mezclados son explosivos?

—Porque no concibe que, siendo como cree la mujer más guapa del mundo, yo no esté rendido y medio muerto a sus pies.

—¿Y no lo está?

—No.

—¿Nunca lo ha estado?

—Reconozco que en otro tiempo me interesó. ¿A quién no le hubiera interesado una mujer como Annabel? Pero corte la situación antes de que las cosas llegaran demasiado lejos.

—¿Es ella una aventurera?

—Oh, no... Todo lo contrario.

—¿Casada?

—No, tampoco. Aunque desde luego no le falta experiencia matrimonial. Pese a su juventud, ha vivido ya su vida al menos cinco veces en las cinco partes del mundo. Es la hermana de Coward, mi productor.

Jessica, intrigada, volvió de nuevo la cabeza hacia el hombre.

—Por consiguiente es rica...

—Mucho.

—¿Por qué no se casa con ella?

Rambler lanzó una carcajada y dijo francamente:

—Me plantaría al cabo de un mes.

—Comprendo. No quiere ser un juguete, ¿verdad?

—Antes de serlo, he intentado romper con ella. Lo malo es que Annabel llega a ponerse pesada cuando se encapricha de una persona o de una cosa. No encontraba por mí parte ningún procedimiento para terminar rápidamente y de una vez. Hace poco, al verlas juntas, he tenido la idea de decir que usted era mi esposa. ¿Comprende ahora por qué? ¿Sigue estando enfadada?

Jessica hizo un suave mohín que no se supo si era de resignación o todavía de enojo.

—Es una falsedad, y yo me he visto envuelta en ella. No me gusta.

—Annabel no se acercará más a mí, y a usted ya no volverá a verla. La situación, o el problema si quiere llamarlo así, ha nacido y ha muerto en el mismo instante. Esto no tendrá consecuencias, se lo juro. Solo resultará beneficioso para mí, porque ahora Annabel y yo nos limitaremos a mirarnos de lejos.

—Todas las mentiras se descubren tarde o temprano —dijo sentenciosamente Jessica—. Quizá llegue un día en que usted lamente esto.

—Sí, pero de momento me he librado de Annabel. No crea usted que resulta fácil.

Rodaban a poca velocidad por el bulevar Saint Michel, elevándose hasta las alturas de la rue Soufflot. La muchedumbre que deambulaba por el barrio no era tan espesa ni tan abigarrada como dos horas antes. Algunos oficinistas que regresaban a sus despachos, estudiantes rezagados que salían de la Facultad, «pin ups» más o menos elegantes que acudían a los cafés para ver cómo iba la cosecha de la tarde.

Jessica, con una leve arruga vertical entre las cejas, miraba, desde su asiento del descapotable, el cielo límpido de París.

—¿Qué le ocurre? ¿Sigue enfadada?

—No, no es eso.

—¿Pues qué le sucede?

Jessica no conseguía apartar aquel pensamiento. Era absurdo, pero aquella especie de semilla del mal que se había clavado en su mente estaba echando raíces en ella. Cuanto más se acercaban de nuevo a la casa, con más claridad creía verlo todo... ¡y, sin embargo, aquella claridad era lo más oscuro y siniestro con que se había encontrado en su vida!

—¿No puede contarme lo que le sucede? —insistió Rambler, con voz alentadora.

—Sí, pero usted se va a reír de mí.

—¿Cree que, con el trabajo que tengo encima, voy a reírme de algo,

Jessica?

Ella vaciló un momento. Al fin musitó, por entre sus labios apretados:

—Muchas cosas del guion están sucediendo en la realidad, Auguste. Ahora solo faltaba la chica trastornada que mata a la esposa del protagonista.

Augusto rio con una risa silenciosa, mientras lograba encajar el coche en un mínimo espacio vacío, rodando un vado.

—¿Y qué? —susurró.

—Nada. Excepto que, en este caso, la «esposa» soy yo.

CAPÍTULO VIII

En la puerta de la casa, junto a la calle, esperaba un hombre alto, joven, vestido con un delgado traje gris.

Debía tener unos veinticinco o veintiséis años. Era moreno y tenía los ojos grises. Recordaba a muchos artistas de la pantalla, pero a nadie en concreto. Solo al verlo, Jessica le dio la sensación de un joven bien educado, aunque más bien un poco tímido.

Evidentemente estaba allí por ella.

—¿La señorita Jessica Albert?

—Yo misma. ¿Qué desea?

—Permita que me presente. Soy Jacques Tordu, abogado. Pasante del letrado Besnier.

La muchacha enrojeció.

—¿Hay alguna novedad? —preguntó ansiosamente.

—No, no... Ninguna. Más bien novedades negativas, si me permite decirlo. He estado hablando con su hermano en la prisión de la Santé.

—¿Y...?

Rambler dijo educadamente:

—¿Por qué no sube? Podrán hablar con más tranquilidad.

—No se moleste, señor Rambler. He tenido que localizar a la señorita Albert por los escasos anuncios de los periódicos que solicitaban una mecanógrafa experta. Es la segunda visita que hago. Si quieren tomar un café conmigo, les invito.

—No, no... Mejor que suba —insistió Auguste—. Yo mismo voy a invitarle.

Ascendieron. La muchacha no podía ocultar su nerviosismo. Cuando estuvieron en el apartamento que ocupaba Auguste, y mientras este preparaba unos whiskies, apremió:

—¿Y bien...?

—La tesis que sostiene su hermano René es absurda. Dice que la vieja se suicidó.

—¿Y bien? ¿No es eso posible? ¿No se suicidan en París, por desgracia, bastantes personas al cabo del mes?

—Comprendo que el primer obligado a creer en la inocencia de su cliente es el abogado que lo defiende, señorita Albert. De lo contrario, las cosas no marchan por buen camino. ¿Pero cómo explicar que aquella mujer se ahorcase estando cloroformizada?

—Mi hermano mismo trató de explicarlo en el juicio. Ella se subió a una silla, tras haber preparado el lazo en la soga, y llevando ya en una mano el pañuelo con cloroformo. Cuando tuvo la soga al cuello, se aplicó

el pañuelo a la nariz, y con sus últimas fuerzas, cuando ya perdía el conocimiento, dio el puntapié a la silla, quedando colgada. No pudo darse apenas cuenta de lo que sucedía. Es el suicidio típico de una persona cobarde e irresoluta, como debía ser aquella vieja.

Jacques cerró un momento los ojos.

—Es perfectamente posible, pero... Bueno, si el jurado no lo creyó en primera instancia, tampoco va a creerlo ahora. Quiero decir que no veo base legal para una revisión.

—¿Y... no tiene ninguna otra prueba?

—No.

La muchacha suspiró con desaliento.

Notaba en aquel hombre un sincero deseo de ayudarla, de realizar el milagro, pero aquel deseo era inútil. No le importó ser dura con él.

—¿Entonces por qué ha venido, señor Tordu? ¿No se da cuenta de que aquí está perdiendo el tiempo?

Él se retorció los dedos con nerviosismo, casi con angustia. Diríase que era a él a quién iban a ejecutar, y no al hermano de la muchacha.

—No sé... Comprendo que es perder el tiempo, en cierto modo, y que cada minuto cuenta. Pero he venido aquí con la vana esperanza de que usted se acordara de algo, algún detalle que él, en su nerviosismo, no haya acertado a recordar.

—Yo solo recuerdo una cosa, señor Tordu.

—¿Qué? —preguntó él, con los ojos iluminados por la esperanza.

—Recuerdo que el señor Besnier prometió que se ocuparía directamente del caso y no lo dejaría en manos de uno de sus ayudantes.

—Es usted dura, señorita Albert...

—¿Cree que en estas circunstancias debo no serlo?

—Trabajo bajo la dirección de Besnier... Él se ocupa indirectamente del caso —mintió Tordu a medias—. Nada de lo que yo haga es sin su aprobación y consejo.

—¡Pero es Besnier, el famoso Besnier, y no un jovenzuelo, quien tiene que preocuparse de salvar a mí hermano! ¡Besnier puede conseguir muchas cosas solo con su nombre! ¡Usted, no!

—Le juro que yo estoy haciendo todo lo posible, señorita Albert. Y que trabajo bajo la dirección de Besnier.

—¡A él le concederían un aplazamiento de la sentencia, le concederían cualquier cosa! ¡Repito que a usted no!

Jacques cerró un momento los ojos.

Premio Extraordinario de Licenciatura, alumno distinguido de la Sorbona de París, diplomado en la Escuela de Criminología. Bueno, ¿todo eso para qué? Nunca sería nadie. Todo lo que conseguiría con aquello sería recorrer las calles como un perro vagabundo y tener que escuchar los reproches de una mujer medio enloquecida por la impaciencia.

¡Y eso durante toda la vida!

Cuando Jacques abrió los ojos de nuevo, el desaliento era tan claro y tan patente en ellos que la muchacha se dio cuenta de que había sido demasiado dura. Al fin y al cabo, si Besnier no se ocupaba directamente del asunto la culpa no era de su pasante.

—¿No es posible pedir un aplazamiento? —susurró, aferrándose a aquella última esperanza.

Jacques sabía que el aplazamiento había sido concedido ya una vez, y que no se concedería de nuevo si no había motivos muy fuertes en que basar la petición. Ni el mismo Besnier, con toda su fama y su influencia, lo conseguiría. ¡El propio presidente de la República había denegado ya el recurso! Pero, no obstante, Jacques sintió la necesidad de una piadosa mentira.

—Besnier lo ha solicitado —dijo—. La petición está en estudio, aunque no debe fundar todas sus esperanzas en ella.

—Lo comprendo... ¿Sabe mi hermano que van a ejecutarlo tan pronto?

—No, él no... ¡Claro que no! El condenado no se entera hasta que lo vienen a buscar, según el curioso sistema que tenemos establecido en Francia. Yo mismo... Bueno, si me permite decirlo yo mismo he visto la guillotina desmontada en un ángulo de un patio de la prisión, pero su hermano René no sabe nada. Nadie se lo dirá hasta el último momento, y mucho menos yo mismo.

Dejó una pequeña pausa antes de añadir:

—Necesito alguna prueba. ¡Necesito que alguien recuerde algo que René ha olvidado ya! Si él es inocente debe haber algún detalle, alguna cosa insignificante que lo acredite. Por descontado, se tratará de una cosa insignificante, puesto que él la recordaría de otro modo. ¡Pero tiene que existir! Tiene que existir... o René está perdido.

Los labios de la muchacha se curvaron.

Parecía a punto de llorar, pero consiguió dominarse en el último instante, pensando que el llanto en estos momentos no sería ni útil ni digno.

—Si él no recuerda nada, yo podré recordar menos aún —suspiró al cabo de unos segundos—. René y yo hacíamos vida completamente aparte. Yo no me metía en su mundo, ni él en el mío. Ese día no le vi. ¿Cómo puedo recordar nada? Por supuesto, me sería fácil decir que estuvo conmigo, pero mi solo testimonio no serviría de nada.

—Ya había pensado en eso, señorita Albert —musitó Jacques—, al menos para fundamentar una revisión, pedir un aplazamiento y ganar tiempo. Pero esa afirmación no resistiría el menor análisis. La hora en que se cometió el crimen está perfectamente determinada por los forenses. A esa hora, según he comprobado, usted estaba trabajando en su oficina. ¡Por consiguiente su hermano no podía hallarse con usted!

Jessica hundió la cabeza.

Ni ese recurso, el de la mentira desesperada, quedaba para salvar a su hermano René.

Todo se había ido hundiendo lenta, silenciosa, definitivamente.

Entrelazó los dedos, mientras sus labios se curvaban en un angustioso rictus.

Jacques Tordu extrajo una estilográfica, y arrancó una mhoja en blanco de su agenda. Al levantar el capuchón de la pluma, la tinta impregnó sus dedos.

—Le dejaré mi número de teléfono —susurró—. El de Besnier ya lo tiene, pero la oficina está cerrada a partir de las seis de la tarde. A mí, en cambio, podrá llamarme a cualquier hora de la noche. El detalle más nimio que recuerde puede ser la salvación. No tema molestarme; cualquier cosa puede ser útil.

Apuntó el número y tendió la hoja a Jessica. Esta se fijó en sus dedos manchados de tinta.

—Puede usted lavarse —susurró.

—Oh, no se moleste.

—No importa, el lavabo está ahí.

Jacques se puso en pie.

—Gracias.

Era el pequeño lavabo contiguo a la habitación que iba a ocupar la muchacha. Jacques pasó, dejando la puerta abierta, e hizo girar el grifo. Había aire en la cañería, debido seguramente a no haber sido empleado aquel grifo en bastante tiempo, y el agua salía a golpes. Decidió esperar unos momentos.

Oía perfectamente la voz de Rambler, el hombre que le había invitado a subir.

Conocía a Rambler como guionista cinematográfico, muy famoso en otro tiempo, aun cuando personalmente opinaba que había perdido ya casi del todo sus facultades, que no interesaba a la gente y que tenía delante de sí un porvenir bastante oscuro. ¿Pero quién no lo tenía? ¿Podía él, acaso, presumir de un porvenir mejor?

La voz de Rambler llegaba, pues, perfectamente clara hasta el pequeño cuarto de baño.

—¿Disgustada?

—Igual que antes, Auguste. Pero esto no tiene que influir para nada en nuestro trabajo.

—¿Cree que puede continuar?

—Cuando usted guste.

Se oyó el leve rumor del papel al ser colocado en el carro de la máquina.

—¿Dónde estábamos?

—La muchacha del dormitorio le dice a Maní red, el protagonista, que ya ha matado a su esposa, y Manfred le contesta que él no se lo ha pedido. ¿Sigue el diálogo?

—Sí. Él dice: *«Al menos desearía ver a mi esposa por última vez.*

Supongo que estará en el depósito de cadáveres». Ella contestará que sí, y que se encuentra dispuesta a acompañarle.

Jessica escribió. Tecleaba rápidamente, deseando estar solo para el trabajo, queriendo obsesionarse con él para no tener que pensar en la terrible suerte que aguardaba a su hermano.

Levantó la cabeza.

—Listos, Auguste.

—Naturalmente —dijo él—, es lógico que a partir de ese momento los personajes dejen tras de sí una pista.

—¿Una pista que contribuirá a capturarles?

—No sé aún quién será el capturado ni quién resultará culpable en esta historia, Jessica. Por el momento no he hecho más que empezarla. Pero habrá que dejar una pista que luego podamos tomar otra vez y que nos lleve a alguna parte. Por ejemplo el coche. Los coches son siempre una pista excelente.

—¿En qué sentido?

—Los dos irán al depósito de cadáveres en un automóvil, desde luego.

—Sí, claro... —susurró la muchacha.

—Vamos a describirlo. La cámara saldrá a la calle y enfocará un automóvil gris detenido en la acera. Describa usted el modelo. Será algo antiguo, por ejemplo, un «Citroën 15», color gris, el cual se halla estacionado ante un vado.

—Entonces algún agente habrá llegado a multarle, seguramente. Es lo lógico, y debemos tenerlo en cuenta si la película ha de ser real.

—Justo. ¡Claro que lo han multado! Y ahí está la pista. Siguiendo la línea de esa multa, llegaremos a conclusiones interesantes al final de la película. Puede ir escribiendo, Jessica.

La muchacha obedeció. Como antes, veía los planos con absoluta claridad, igual que si ella misma estuviese haciendo ya el montaje de la película. Describió el automóvil y luego alzó la cabeza.

Entonces se dio cuenta de que alguien más estaba en la habitación.

El abogado Jacques había vuelto, después de lavarse las manos. Contemplaba a la muchacha con cierta curiosidad.

Parecía pensar tristemente que ella era demasiado bonita, y que una chica tan maravillosa nunca sería para él. Luego ese pensamiento se esfumó. Sus ojos dejaron de mirar a Jessica exclusivamente como a una mujer. Sonrió amigablemente.

—Gracias. Con su permiso, voy a irme.

—¿No quiere tomar un *whisky*? —indicó Rambler—. Lo había preparado ya.

—Se lo agradezco, señor Rambler, pero nunca bebo.

—Entonces usted se lo pierde, porque es de excelente calidad. Etiqueta negra. Pero no insisto, amigo mío, no insisto; ha de haber hombres de todas clases, incluso aquellos a quienes no les gusta el *whisky*.

—Sí, ya comprendo que el ser abstemio no está de moda, señor Rambler, pero no puedo evitarlo. Buenos días.

Auguste Rambler musitó:

—Buenos días, amigo...

Jacques salió a la calle. Se sentía más solitario, más desorientado y en cierto modo más desesperado que nunca. La ciudad le parecía espantosamente gris, espantosamente seca. ¿Por qué? El joven abogado Jacques Tordu no hubiera sido capaz de explicarlo en estos momentos.

Maquinalmente, al salir, se fijó en que había un coche estacionado casi enfrente de la casa.

Era un coche ya antiguo, aunque de calidad. Un «Citroën» gris, al que justamente habían detenido en un vado. Naturalmente, llevaba ya sujeta al parabrisas la notificación de multa.

Jacques siguió adelante. Absorto en sus preocupaciones, a los dos minutos ya había olvidado aquello.

CAPÍTULO IX

Auguste Rambler y Jessica siguieron trabajando durante toda la tarde, sin concederse descanso alguno. La película avanzaba con lentitud, porque el número de planos a cubrir resultaba tan extenso como Jessica no hubiera imaginado nunca. Resultaba muy distinto copiar un guion ya terminado, que daba una sensación de cosa breve y esquemática, a inventar ese mismo guion desde el principio, alineando plano tras plano. Ahora Jessica se daba cuenta de que aquel trabajo iba a ser uno de los más pesados que había realizado nunca.

Auguste había reformado bastantes cosas, y el trabajo se estancaba. A Jessica empezaba a dolerle la espalda.

Claro que eso tenía la ventaja de absorberla, de obligarla a no pensar en nada que no fuese el trabajo. Había llegado a olvidar a su hermano René casi enteramente.

Estaba anocheciendo cuando Rambler encendió la rústica pantalla que descansaba sobre la mesa. La lujosa habitación adquirió un aspecto íntimo, acogedor, que sin embargo no disipó la sensación de cansancio que abrumaba a la muchacha.

Al fin Rambler preguntó:

—¿Tiene apetito, Jessica?

—No. He comido mucho al mediodía, gracias. No tengo apetito de ningún modo.

—¿Cansada?

Jessica sonrió, como disculpándose.

—Un poco, pero no importa.

—Yo también estoy algo cansado. ¿Le importa que me dé una ducha fría? Es el mejor remedio que conozco para recuperar el tono.

Ella se limitó a asentir, sonriendo.

—Luego saldremos —prometió Auguste—. Iremos a tomar algo ligero y a que nos dé el aire. Eso es lo que necesitamos los dos.

—Como guste, *monsieur*.

—¿Ya me está tratando otra vez con esa ceremonia? No olvide —añadió riendo— que somos marido y mujer.

Jessica, que ya había olvidado el accidente del restaurante, sintió que sus ojos se nublaban. Adivinó que a su rostro debía haber asomado una expresión de enfado, pero hizo lo posible por dominarla.

Rambler desapareció tras la puerta de su dormitorio, más allá del cual estaba su cuarto de baño privado. Poco después se oía el rumor del agua de la ducha, rumor que cesó por completo al cerrar él las dos puertas y quedar así separado de la muchacha.

Esta dio unos pasos por la habitación, para desentumecer los músculos, y luego volvió junto a la máquina, poniéndose a repasar las posibles faltas que pudiera haber en el texto. Algunas frases, en efecto, estaban copiadas demasiado aprisa.

En aquel momento sonó el timbre exterior.

Jessica se preguntó si debía ir a abrir, pero al fin se dijo que, estando ocupado Rambler, no le quedaba otro remedio. Abrió la puerta y estuvo a punto de lanzar un grito de sorpresa.

La mujer que estaba ahora en el umbral era la misma del restaurante. La hermana del productor. ¿Cómo había dicho que se llamaba? Ah, sí... Annabel.

Annabel dirigió a Jessica una mirada lenta y reflexiva, como si no comprendiese en el primer momento por qué diablos la muchacha estaba allí.

Al fin pareció recordar.

—Ah, sí... Es usted su esposa.

Jessica estaba ya realmente molesta ante aquella situación. En el primer instante pensó: «Le pediré a Rambler que me pague por lo trabajado hasta ahora y que se vaya al infierno. O por lo menos que se vaya al infierno esta niña...» Pero enseguida logró dominarse. No sabía aún para qué había venido ella allí.

Se limitó a decir:

—¿Por qué no pasa?

Ella lo hizo, caminando con elegancia, pero al mismo tiempo con una suavidad felina.

En aquel momento salió Rambler, quien se anudaba la corbata.

Pareció sorprendido y contrariado por la presencia de Annabel allí, pero se rehízo inmediatamente. Sin duda debía ser un hombre de mundo, habituado a situaciones como aquella.

—¿Nos permites un momento, Jessica? —preguntó, tuteándola—. ¿Podrías dejarnos solos?

Jessica gritó:

—¡Con mucho gusto!

Y salió pegando un portazo.

CAPÍTULO X

Cuando descendió a la calle, se dio cuenta de que la oscuridad se había abatido por completo sobre París.

El conserje la saludó al pasar, con un gesto distraído, pues estaba embebido en la lectura de un periódico deportivo de la noche. Jessica pisó el asfalto con un gesto de mal humor.

Le desagradaba profundamente el papel de «esposa» que le habían asignado, y entendía que ella no tenía por qué estar ligada de ningún modo a los posibles líos de Auguste Rambler.

Si él y aquella especie de princesa llamada Annabel habían tenido un *flirt*, no era cosa suya el deshacerlo. Y si Rambler quería evaporarse, no había razón para que ella, Jessica, estuviese metida en medio.

A pesar de que Rambler se estaba portando muy adecuadamente con ella, su papel era de lo más desairado.

Bruscamente pensó que no sabía a dónde ir.

Rambler la había pedido que les dejase solos un momento, pero sin intención, seguramente, de que ella saliera de la casa. Probablemente volvería a necesitarla dentro de unos minutos. Lo normal sería que no se alejase demasiado.

Entonces Jessica vio el bar.

Era el bar de que le había hablado Jacques, el abogado, cuando la invitó a tomar algo poco después de encontrarse ambos en la puerta del edificio, a primera hora de la tarde. Jessica entró en él.

Altos taburetes, una barra no demasiado larga y luz discreta. Solo tres clientes, que contuvieron la respiración cuando Jessica se encaramó y cruzó lentamente las piernas.

—Un mártir seco —pidió.

Jessica encendió un cigarrillo y bebió lentamente, a pequeños sorbos. Cada vez se iba poniendo de peor humor, pero comprendía que, en su situación, no le quedaba más remedio que aguantarse por el momento.

Al fin y al cabo, pensaba mientras bebía, no podía negar que Rambler se estaba portando con ella como un caballero. Ella le había expuesto con franqueza las dramáticas circunstancias por las cuales necesitaba *rápidamente* una cierta cantidad de francos. Otro hombre le hubiera propuesto ganarlos por un procedimiento mucho más veloz y sencillo. El ni lo había insinuado siquiera:

Quizá, después de todo, la única culpable era Annabel, con su estúpida insistencia de señorita mimada.

Terminó el *martini* y pensó en volver de nuevo al apartamento. No se sentía del todo cómoda allí. Daba suaves tironcitos a su falda para no

mostrar tanto las rodillas, pero notaba que los clientes seguían quedando sin respiración cada vez que ella hacía el más leve movimiento con las piernas.

¿Pero por qué no bajaba Annabel? ¿A qué venía tanto rato de conversación entre los dos?

De pronto ante la casa se detuvo un voluminoso camión de una agencia de transportes. Casi taponaba la calle, y los coches tenían que subir a la acera para seguir su camino, entre improperios y gestos agrios.

Dos tipos forzudos descendieron del vehículo y entraron en la casa.

Jessica aplastó el cigarrillo sobre el cenicero. ¿Qué querían llevarse? ¿La máquina de escribir de Rambler?

De pronto ella recordó.

Los trajes del productor. Había telefoneado a Rambler diciendo que vendrían a buscarlos.

El camión seguía taponando la calle, y los conductores de los turismos, incluso de los más elegantes, seguían increpándole en el *argot* más arrabalero.

Los dos forzudos descendieron sudorosos, lo más aprisa que les fue posible.

Transportaban una caja de tamaño bastante notable, de madera con cantos de hierro.

Dos automóviles frenaron bruscamente para que ellos pudieran cargar. No les fue fácil, porque el camión estaba atiborrado de otros paquetes y cajas similares.

Un conductor gruñó:

—¿Qué creéis? ¿Qué París es vuestro?

—¿Y tú crees que es tuyo, dominguero?

El del turismo se encrespó.

—¿Dominguero yo?

Los dos forzudos del camión hicieron un gesto medio displicente, medio burlón, mientras cerraban la caja del vehículo a toda prisa, dando la discusión por terminada.

Instantes después el mastodonte se perdía calle abajo, seguido por una larga y paciente fila de vehículos.

Jessica bajó del taburete. Vio que al individuo de su derecha casi se le salían los ojos de las órbitas.

Aquel individuo hizo, a última hora, un desesperado intento.

—Es desagradable vivir en París, ¿eh, señorita?

—Mucho.

—Y no hablemos de circular. Y no hablemos de que los camiones no respetan el horario que tienen para el reparto...

—No hablemos de nada, *monsieur*.

La muchacha salió. El bar quedó más triste que si hubieran venido los de Hacienda a embargar las mesas.

Jessica había decidido que ya estaba bien de esperar. Si continuaban así, el trabajo concluiría demasiado tarde.

El conserje volvía a su puesto en aquel momento, llevando en la mano un periódico distinto. Sin duda había ido a cambiarlo. Ni siquiera vio a Jessica, porque esta no hacía ninguna clase de ruido sobre la mullida alfombra que llevaba hasta el ascensor.

Rambler mismo abrió la puerta.

Parecía algo alterado, pero sus facciones conservaban la misma finura y la misma gravedad de siempre.

—Hola, Jessica. La estaba esperando. ¿Es que ha ido muy lejos?

—No, estaba junto a la puerta, en el bar que hay enfrente —contestó ella con tono impersonal—. ¿Dónde se ha metido la señorita Annabel? ¿Puedo al fin trabajar, que es a lo que he venido?

—Annabel ya salió.

—¿Cómo?

El arqueó una ceja.

—Pues saliendo, sencillamente. ¿A qué viene tanta extrañeza?

—Yo estaba mirando la puerta y no la he visto.

Rambler sonrió, haciendo un gesto educado, pero que indicaba una terrible indiferencia.

—No se puede ver a todas las personas en una ajetreada calle de París, Jessica. Además, hace poco he visto por la ventana que un camión casi taponaba la calle. Se ha originado un pequeño tumulto, como siempre ocurre en esos casos.

Jessica apretó imperceptiblemente los labios.

¡Claro, el camión!

Annabel debió haber salido cuando los dos forzudos, el vehículo y el otro turismo detenido tapaban casi completamente la puerta.

La verdad era que aquella cuestión importaba muy poco a Jessica, pero la muchacha quería aclararla para sí misma. No le complacía empezar a pensar que se estaba volviendo ciega o tonta, o algo parecido, aunque los nervios juegan a veces pasadas mucho peores que esas.

Preguntó con cierta sorna:

—¿Ya se han puesto de acuerdo?

—Por supuesto. Annabel no volverá más.

—Lo dice usted con un tono que parece como si esta hubiera muerto o se hubiera marchado a explorar las selvas del Brasil.

—París es también una selva... —dijo pensativamente él—. Bueno, de todos modos, la cuestión está resuelta. Hasta las mujeres más tozudas se convencerán al fin de que un período de su vida ha terminado. Annabel era de esa clase de personas que terminan los asuntos cuando les place, pero no consienten que los terminen los otros. En fin, vamos a seguir con unos planos más. ¿O está muy cansada, Jessica?

—No. Los minutos que he pasado abajo me han servido como sedante.

—Cuestión de una hora más. ¿Le parece?

—¿Por qué no?

Se sentó a la máquina. Estiró su falda, recordando las miradas de los tipos del bar, pero la verdad fue que Rambler ni siquiera se fijó en aquel detalle.

Parecía ahora absorto en el guion, como si este fuera la única cosa importante del mundo.

—La pareja protagonista deberá ir al depósito de cadáveres —dijo, como pensando para sí mismo—. Es necesario para dar ambiente a la cinta, y además lo exige la marcha normal de las cosas. Sí... Y habrá que tener en cuenta las posibilidades técnicas que ofrece un sitio así.

Continuó sumido en sus reflexiones durante largos minutos. Al fin la muchacha preguntó, impaciente:

—¿Qué copio?

El alzó la cabeza.

—Me encuentro con una dificultad.

—¿Cuál?

—En anteriores planos hemos hablado del depósito de cadáveres. Manfred dice a la mujer que quiere ir a ver el cuerpo de su esposa allí, si no recuerdo mal. Es en uno de los primeros planos.

—Sí, en efecto. Plano 32.

—Bien, pero el caso es que no han ido.

—Llévelos. ¿Qué dificultad tiene para usted mencionar en el guion el depósito de cadáveres?

—Que no lo conozco.

—¿Es indispensable saber exactamente cómo es?

—Sí, porque he de conocer, al menos por encima, las posibilidades técnicas que tendrá la cámara. Si describo unos planos de difícil realización, me expongo a que el productor rechace el guion aunque solo sea por eso.

La muchacha suspiró.

—Ya comprendo...

—¿Tiene inconveniente en que vayamos allí, Jessica?

—Hum... No es agradable.

—Perdone... Comprendo que tiene razón. Iré yo solo.

—No... Por Dios, no hay inconveniente en acompañarle, Auguste —la muchacha sonrió—. Lo de que la Morgue no resulta agradable ha sido un simple comentario.

El encendió un cigarrillo.

—Se lo agradezco, porque me molesta ir solo a un sitio así. ¿Quiere que salgamos?

—¿Ya le dejarán curiosear en un sitio como ese?

—El director me conoce. Una vez visitó los estudios, y yo le acompañé. Si tenemos la suerte de que esté allí aún...

—Entonces no hay tiempo que perder. Vamos.

La muchacha se había puesto en pie. Su tentadora figura resaltaba a la luz íntima de la pantalla. Sus líneas dibujaban una tenue y seductora sombra en la pared frontera.

Auguste tomó de sobre la mesa una agenda, por si necesitaba levantar algún croquis, y salieron ambos.

Ya en la calle, fueron testigos de un hecho frecuente en las vías públicas de París.

Una grúa estaba retirando un coche mal aparcado, un coche que ocupaba justamente un vado, enfrente de un almacén abierto.

Era un «Citroën 15» gris, y encima del parabrisas llevaba ya el correspondiente boleto de multa.

Jessica, en el primer momento, no se dio cuenta. Es decir, aquello no le llamó la atención.

Luego sintió como si por sus piernas ascendiese una corriente de aire frío.

Quedó clavada allí, igual que una estatua, mirando el automóvil gris con la boca cómicamente abierta.

Rambler murmuró:

—¿Qué le pasa?

—Ese coche...

—¿Qué coche?

—El «Citroën» gris.

—Ah, claro... Los del almacén deben haber telefonado a la patrulla. Les tapaba completamente el vado. Además, algún gendarme ya le multó antes. Estas cosas suceden en París con demasiada frecuencia, y cada día será peor.

Con aquello Rambler pareció dar la cuestión por terminada, pero Jessica siguió allí, quieta, mientras notaba la misma sensación inquietante del aire frío subiéndole por las piernas.

Rambler la miró intensamente.

—¿Se siente mal?

—¡Ese coche salía en el guion!

Jessica había gritado quizá demasiado, dominada por sus nervios. Un par de transeúntes la miraron. Un jovenzuelo de esos que leen por las noches revistas con chicas semidesnudas, estuvo a punto de caer por la boca de una alcantarilla por la que en aquel momento descendía un pocero.

—¿Qué dice? —farfulló Rambler. Y de pronto recordó—: ¡Ah, sí! ¡El «Citroën» gris!

—Y además tenía también una multa —susurró Jessica, quien sentía como sí, bruscamente, sus pulmones se hubieran vaciado de aire.

—Diablo, pues también es casualidad... —suspiró Rambler.

—No es casualidad, es algo más. Es... ¡es sencillamente imposible!

—¿Por qué? Se trata de un modelo algo antiguo, pero aún hay muchos

vehículos así en París, Jessica.

—No es posible.

La muchacha parecía tan aturdida, tan poco dueña de sí misma, que Rambler hubo de empujarla suavemente hacia el descapotable que estaba estacionado a poca distancia.

—¡Ya son demasiadas casualidades! —gimió—. ¡Lo cual significa que no hay tal casualidad!

—¿Qué quiere decir, Jessica?

Ya estaba sentada en el bonito descapotable. Sentía como si sus nervios fuesen agujas que le pinchaban en la piel. Jamás había vivido una situación semejante, y de no ser porque los ruidos, la animación, la gente, lo llenaban todo, hubiera creído estar viviendo una solitaria pesadilla. Los nervios de la sien derecha empezaron a dolerle. Tenía la sensación de que algo iba a romperse en su cabeza, de que iba a volverse loca.

Rambler salió hábilmente del estrecho aparcamiento, hizo doblar al coche por una estrecha bocacalle y enfiló hacia la rue Soufflot.

La muchacha estaba quieta, con las facciones rígidas, las mandíbulas tensas. No decía una palabra. Pensaba confusamente que con gusto hubiera saltado del automóvil en marcha, para librarse de aquella especie de pesadilla, pero al mismo tiempo la atracción de lo desconocido la mantenía allí quieta, como sujeta por un imán.

Cuando llegaron a la Morgue, Rambler, quien ya no parecía recordar para nada el asunto del coche gris, preguntó por el doctor Deschamps. Afortunadamente el doctor estaba aún en su despacho.

Era un tipo grueso, jovial, que recibió a Rambler con grandes muestras de afecto. Cuando este le dijo que quería conocer un poco la Morgue y su funcionamiento, se ofreció para acompañarle él mismo. Miró a Jessica de un modo especial, y esta tuvo la sensación de que calculaba las medidas que ella tendría después de muerta.

El frío seguía subiendo en extrañas oleadas por sus piernas, pero ahora no era un frío imaginario, mental, sino físico, ese frío que siempre impera en las tumbas, en los museos y en los depósitos de cadáveres.

—Empezaremos por el departamento de Recepción —dijo el doctor Deschamps—, es decir, el lugar donde se reciben y clasifican todos los cadáveres llegados aquí, que son los de cualesquiera personas no fallecidas por causas naturales. ¿Ve? Esta gigantesca nevera sirve para conservarlos hasta el momento de la autopsia.

Tiró de uno de los cajones, de guías cuidadosamente engrasadas, y apareció un viejo de boca torcida, cuyos dientes aún parecían lanzar al mundo su última carcajada. Abrió otro cajón y apareció una muchacha aplastada por un autobús. Tiró de un tercero, y Jessica, quien ya sentía que las piernas se le doblaban, estuvo a punto de caer al suelo y necesitó apoyarse en la pared, mientras ahogaba un grito.

Porque la que estaba dentro de aquel siniestro cajón era... ¡Annabel!

¡Annabel, muerta!

CAPÍTULO XI

Jessica estaba en el interior del coche.

No recordaba lo sucedido, no recordaba nada excepto el hecho de que alguien la había sostenido para que no cayese y luego le habían hecho ingerir casi a la fuerza unos sorbos de licor.

Por fin, alguien, no sabía quién, la había trasladado hasta el coche, que estaba estacionado en una zona oscura y por la cual circulaba un vientecillo fresco que contribuyó a animarla.

La muchacha levantó la cabeza.

Tenía la sensación de haber llegado desde algún sitio lejano y de estar allí desde muchas horas antes, desde más allá del tiempo.

Cerró los ojos, mientras sentía como un desfallecimiento.

Tuvo que alzar los párpados otra vez porque, mientras los tenía bajos, veía la figura de Annabel metida en aquel horrible cajón metálico, donde la helada temperatura haría que se conservase eternamente. En cambio, al alzarlos, vio el bonito coche de Rambler, el reflejo de las luces en el cristal y el brillo mate y delicado de los mandos de la radio. Se tranquilizó poco a poco, aunque en determinados momentos creía estar viviendo algo irreal, una alucinación.

Vio una figura que se acercaba hacia ella.

Era la de un hombre joven, alto sin exageración, que caminaba rápidamente e iba vestido con un delgado traje gris.

En el primer momento, Jessica no le reconoció. Tardó en darse cuenta de que era el abogado Jacques Tordu, el pasante de Besnier, el mismo que la había visitado aquella misma tarde.

Jacques se inclinó sobre el coche. A pesar de que, sin duda, había venido a buscarla, pareció sorprendido de encontrarla allí.

—Señorita Jessica.

Ella respondió apenas con un gemido.

—¿Qué le sucede, señorita Jessica?

—¿Qué hace usted aquí? —preguntó a su vez ella, incapaz todavía de ligar dos ideas que fuesen coherentes.

—La he estado siguiendo.

—¿Usted?

—Sí. Lástima que, como no dispongo de coche, he estado a punto de perder su pista y he llegado tarde. Los taxis no son un buen procedimiento para seguir a la gente, excepto en las películas de hace treinta años. Menos mal que el automóvil de Rambler es inconfundible, porque de lo contrario me hubiese desorientado.

Esbozó una débil sonrisa y añadió:

—No sabía que usted estuviese aquí.

—¿Por qué me ha seguido? —preguntó la muchacha, que a costa de un gran esfuerzo empezaba a sentirse un poco más serena.

—Por lo del guion.

—¿El guion de qué?

—De la película, naturalmente.

Otra vez la muchacha tuvo la sensación de estar viviendo una pesadilla, algo que realmente no existía.

—¿Qué ocurre con el guion? —farfulló.

—Oí una pequeñísima parte de lo que le dictaba mientras me estaba lavando las manos.

—¿Y qué?

—Bueno, concretamente oí lo del «Citroën» gris mal aparcado al que habían impuesto una multa.

—Y luego lo vio abajo, ¿no? Yo lo vi también hace poco, al salir, cuando vinimos a la Morgue.

Hubo un momento de pesado silencio entre los dos. Evidentemente, ambos pensaban lo mismo: que todo aquello era absurdo, que se trataba de una especie de pesadilla y que lo mejor que podían hacer era no seguir hablando de tonterías semejantes. Pero, sin embargo, la situación les obsesionaba, y Jessica sentía de nuevo cómo le dolían los nervios de su sien derecha.

—¿Qué pensó? —preguntó inesperadamente Jessica.

—Me llamó la atención esa casualidad.

—Es que puede tratarse de eso, de una casualidad simplemente, aunque...

—¿Qué?

—No, nada.

—¿Se han producido otras casualidades como esa a lo largo del guion?

La muchacha se llevó dos dedos a la frente. La cabeza le zumbaba. Por momentos se iba sintiendo más débil, más aturdida.

—Sí, se han producido varias.

—¿Por ejemplo?

—La muerte de Annabel.

—¿Quién es Annabel?

—No sé, una hermana del productor que financia la película cuyo guion está escribiendo Rambler. La conocí este mediodía en un restaurante del Quai de Conti, cuando estaba comiendo con Rambler. Por lo visto han tenido amistad en otro tiempo, tal vez una amistad íntima. Es una mujer algo provocativa, pero muy hermosa.

Jacques chascó los dedos de repente.

—¡Justo! Ya sé quién es. La he visto entrar.

—¿Cuándo?

—Ya le he dicho que sentía una inquietud algo que no me permitía

alejarme de donde estaba usted. He permanecido allí mucho tiempo, vigilando, aun sin saber exactamente qué. Había oscurecido cuando la he visto entrar a ella.

Jessica había contenido la respiración.

—Luego la he visto salir a usted —añadió Jacques—. Ha estado bastante rato en un bar y he pensado abordarla, pero al fin no me he atrevido a hacerlo. Temí que pensara que estaba perdiendo el tiempo, como quizá efectivamente haya hecho.

Jessica susurró:

—La ha visto entrar. ¿Y la ha visto salir?

—No.

—¡Entonces no estaba yo equivocada! ¡Entonces no es posible que haya salido cuando el camión taponó la puerta!

—Desde mi puesto de observación yo he visto la puerta todo el rato —explicó Jacques—, pues enfilaba el camión desde un ángulo. Y ella no ha vuelto a salir.

Jessica no se daba cuenta de ello, pero estaba mortalmente pálida. Sus dedos temblaban sobre los instrumentos cromados del *tablier*.

—¿Entonces por dónde ha salido? ¿Por dónde? —de pronto todo su cuerpo sufrió una sacudida—. ¡Ya sé! ¡El cajón!

—¿Qué cajón?

—A Rambler tenían que venirle a buscar uno donde iban unos trajes.

—¿Y él lo sabía?

—¡Claro!

—Entonces pudo idear ya el modo de sacarla de allí, pero lo incomprensible es que supiera a qué hora había de llegar Annabel. ¿Quedaron citados en el restaurante?

—No; más bien todo lo contrario. Me dio la sensación de que no volverían a verse quizá nunca más.

—Entonces él quizá la llamó... ¿Cuándo pudieron citarse?

—No sé...

De pronto la muchacha apretó los puños. Desgraciadamente todas las piezas encajaban para formar el horroroso cuadro. Hubiera sido capaz de jurar ante un tribunal lo que había sucedido, segura de no equivocarse.

—Media hora antes de que Annabel llegara, poco más o menos —explicó con voz trémula—, él dijo que estaba algo cansado y que le convenía una ducha de agua fría. Naturalmente se encerró para tomarla. Su cuarto de baño está contiguo al dormitorio, y en el dormitorio está el teléfono.

—¿Existía la posibilidad de que oyese la conversación?

—No, a menos que esta se desarrollara a gritos, cosa muy poco probable. Recuerdo que el agua de la ducha caía con gran intensidad y yo la oía claramente. Al cerrar la puerta, ya no oí nada. Una voz normal tampoco hubiese podido oírla.

—Entonces todo está claro —susurró Jacques—. Él sabía que tenían que venir a buscar el baúl a una determinada hora; citó a Annabel por teléfono desde su dormitorio. Cuando ella llegó, Rambler la mató e introdujo su cuerpo en el baúl. Hay un punto oscuro, sin embargo. ¿Contaba él con que tú ibas a irte?

—Me pidió que les dejara solos, y yo, naturalmente, me fui.

—Probablemente, caso de haberse quedado allí, sería usted ahora otra de las víctimas —dijo él con un estremecimiento—. No creo que Rambler se hubiese detenido ante un asesinato más.

Jessica se llevó otra vez los dedos a la frente. Esta le ardía, y los nervios de su sien derecha le dolían de un modo horrible. Tenía la sensación de estar viviendo una pesadilla absurda y al mismo tiempo espantosamente real. Necesitó apoyar la cabeza en el respaldo del asiento para poder serenarse poco a poco.

—Hay otros puntos oscuros —susurró al cabo de unos instantes.

—¿Cuáles?

—Por ejemplo, el modo cómo fue descubierto el cadáver. Si el baúl fue entregado al productor de la película y este halló allí a su hermana, casi sabía automáticamente quién era el culpable. El baúl procedía de casa de Rambler.

—Cabe otra posibilidad: que estuviese, a propósito, mal cerrado, y que los del camión se les abriera al descargarlo, o quizá durante el trayecto.

—Sí, yo misma vi que lo cargaban con mucha prisa. ¿Pero no sabrían ellos de dónde procedía aquel bulto?

—Llevaban muchos paquetes —susurró Jacques—, yo mismo lo vi. Seguro que, al descubrir el cadáver, quedaron como trastornados. Evidentemente tenían que saber a quién iba dirigido, pero lo más urgente era avisar a la policía. Y eso debieron hacer.

—Lo cual significa... —susurró Jessica.

—Lo cual significa que muy pronto los gendarmes estarán sobre la pista de Rambler. Bastará que el productor vea el cajón donde yacía el cuerpo de su hermana para que diga inmediatamente en poder de qué persona estaba. La Sûreté investigará.

—Eso significa que las horas, casi los minutos, de ese hombre, están contados... —dijo ella con un soplo de voz.

Y no sabía si alegrarse o echarse a llorar, si sentir alivio o dejarse dominar por el miedo que penetraba hasta sus huesos.

—Claro que hay otra posibilidad —musitó Jacques, quien parecía estar midiéndolo todo en su pensamiento.

—¿Cuál?

—Que Rambler esperara a esos hombres, pero les haya entregado no el cajón que pertenecía al productor, sino otro distinto, otro que el hermano de la víctima no conociera, no sabiendo por tanto de dónde procedía. Naturalmente, eso no hará más que alargar las cosas, porque la Sûreté

investigará acerca de todas las personas que utilizaron ese día los servicios de la agencia de transportes. Rambler puede tardar más en caer, pero caerá al fin.

Jessica estaba aturdida, desolada. Ahora eran las dos sienes las que le dolían. Hundió la cabeza sobre el pecho y solo fue capaz de musitar:

—Oh, Dios mío...

—Tengo que averiguar todo eso —decidió Jacques—. He de ver si fueron los de la agencia los que denunciaron el hallazgo del cadáver.

—¿Lo sabrán en la Morgue?

—Sí. Es posible que por sus ficheros averigüe algo.

Estrechó momentáneamente la mano de la muchacha, con un gesto suave, lejano, pero lleno de humanidad, y suplicó:

—¿Me esperará aquí, Jessica? ¿No se moverá?

—¿Cómo voy a moverme? No sé ni siquiera conducir este coche.

—Entonces hasta dentro de muy poco. Tardaré cinco minutos, a lo sumo.

Se alejó, y la muchacha volvió a hundir la cabeza sobre el pecho, abrumada por sus propios pensamientos, hundida en un dolor que no sabía explicarse.

Transcurrieron cinco minutos, diez.

Jacques no volvía.

La muchacha seguía como aturdida, como absorta, hasta que oyó pasos que se acercaban al coche.

Alzó la cabeza, pensando que era Jacques.

Y entonces sus labios se apretaron y su respiración quedó cortada instantáneamente. Porque el que se acercaba era Auguste Rambler.

CAPÍTULO XII

Los archivos de la Morgue suelen ser bastante completos en casi todos los países del mundo. No solo se insertan los datos del cadáver, su identificación, características y resultados de la autopsia, sino que también se suele hacer referencia, en muchos países, a la persona que lo ha hallado o que ha hecho posibles las primeras diligencias de la policía.

Jacques Tordu, consiguientemente, pudo hallar lo que necesitaba en una ficha que aún estaba por archivar, puesto que acababa de ser rellenada. Algunos conocimientos que su carrera le había proporcionado en la Morgue le sirvieron para eso. Y al ver la ficha tuvo un estremecimiento, porque todas sus macabras suposiciones se confirmaban por completo.

Los denunciantes habían sido dos: Jean Bastin y Gaston Delgros, ambos empleados de una agencia de transportes.

Cabía imaginar lo sucedido: el baúl se abrió en determinado momento, quizá al descargar con poco cuidado otro bulto, y el cuerpo de Annabel había aparecido ante sus ojos. A partir de ese instante la conducta de los dos empleados de la agencia había sido completamente normal.

Con gesto pensativo encendió un cigarrillo, y sin darse cuenta lo arrojó inmediatamente.

Obraba como un autómatas, hundido en sus pensamientos, envuelto en una especie de niebla que impedía que llegaran a él las sensaciones físicas.

Solo un pensamiento le dominaba: ¡Jessica corría peligro! ¡Corría un inminente peligro de muerte!

¡No era ya a su hermano a quién urgía salvar, sino a ella!

Dando las gracias y una pequeña propina al empleado de la Morgue, salió del siniestro local. Mejor dicho, no llegó a salir.

Porque cuando iba a hacerlo se dio cuenta de algo, algo que no había sentido hasta entonces, en parte por su juventud y en parte porque su profesión era más bien pacífica.

Se dio cuenta de que él también iba a morir.

De que iba a morir en la Morgue, aquella misma noche, allí mismo. Inevitablemente.

CAPÍTULO XIII

Rambler abrió la portezuela del coche en el lado correspondiente al conductor y se sentó ante el volante con un suspiro de cansancio y a la vez de desaliento.

Pese a las increíbles circunstancias en que se hallaban, obraba con cierta naturalidad, como si no se diera cuenta de que la muchacha estaba al borde de la crisis nerviosa.

Encendió un cigarrillo con mano poco firme y dijo como único comentario:

—Ha sido horrible.

—¿Horrible? —pudo balbucir la muchacha—. ¿Te limitas a decir que ha sido horrible el asesinato más extraño y cruel que yo soy capaz de imaginar? ¿Quién estranguló a Annabel? ¿Por qué has estado tanto rato ahí dentro?

—Necesitaba realizar unos trámites de identificación, y he querido ahorrarte a ti la pesadumbre de ese ambiente. Además he avisado a su hermano, el productor de películas.

Se tuteaban sin darse cuenta, vencidos por el dramatismo de las circunstancias. Jessica tenía la sensación cada vez más intensa de que flotaba en el aire, de que aquello no era real.

—Ya está todo terminado aquí. Sé que me será imposible trabajar —dijo él, sordamente—. Esta noche saldremos de París.

Jessica iba a replicar algo, iba quizá a lanzar un grito, porque ella no escaparía jamás de París con un asesino, pero en aquel momento dos hombres se acercaron al coche.

Sin duda les habían visto, debido a que el vehículo era descapotable, y avanzaban hacia ellos en línea recta. Rambler musitó:

—Ese es el productor.

Se trataba de un hombre que estaba en la segunda juventud y hacía toda clase de esfuerzos para fingir que seguía aún en la primera. Llevaba una americana deportiva muy espectacular, camisa muy moderna, peinado un poco «ye-ye»; sin embargo, no podía negarse que había en él una suave distinción. Había dejado un «Aston Martin» gris, también descapotable, estacionado a poca distancia.

El tipo que le acompañaba era similar a él en muchos aspectos. Diríase a primera vista que eran hombres que se compenetraban, que se comprendían, hombres cuyos gustos eran muy semejantes.

Rambler los presentó:

—Este caballero es Nick Foreman, mi productor. Este otro es Phil Artois, que iba a casarse con Annabel.

Si a Jessica aún le faltaba algo para aturdirse, aquello colmó la medida. De modo que Annabel iba a casarse con otro hombre... ¿Y por qué iba tras Rambler? ¿Por qué había sido asesinada en la propia casa de este?

Oyó, como si llegara de muy lejos, la voz del guionista:

—Esta señorita es Jessica Albert, quien en estos momentos está actuando para mí en calidad de secretaria.

El tipo llamado Artois tenía unas manazas grandes como cestas de pescado. Puso una de ellas sobre el cuello de Rambler.

—¿Qué ha ocurrido con Annabel? ¡Quién la ha matado! ¡Habla de una vez, maldito seas!

Rambler se desprendió con suavidad y elegancia de aquella manaza.

—¿Y yo que sé, Phil? ¿A mí qué me preguntas?

—¡Tú estás aquí!

—Yo estoy aquí para ayudar a Foreman, no por otra cosa. Vamos, entra y no hagas más el ridículo. Lo menos que se te puede pedir es que te despidas de Annabel educadamente.

Artois apretó ferozmente los puños.

—¿Pero quién la mató? ¡Tú tienes que saber algo, condenado! ¿Quién la mató?

—¡Pregúntaselo a la policía! ¡Yo no he hecho más que ayudaros!

Jessica asistía medio atónita a aquella conversación. Desde luego, los dos recién llegados ignoraban que Annabel había sido asesinada en casa de Rambler. Estuvo a punto de decir lo que sabía, e incluso sus labios se entreabrieron, pero en el último momento se detuvo. Quizá Rambler tenía una coartada. Quizá la dejaría en ridículo.

Nick, el productor, el hermano de Annabel Foreman, se pasó una mano por los ojos, donde habían aparecido dos livianas lágrimas.

—De todos modos te agradezco que me hayas llamado —dijo a Rambler. Y tiró de la manga de su amigo—. Hala, vamos.

Rambler hizo un suave gesto para retenerle.

—Nick, ¿quieres que te espere?

Foreman volvió hacia él unos ojos vacíos, sin expresión, sin alma.

—¿Para qué?

—Puede que, después de lo que vas a ver, no te guste sentirte solo.

El productor tensó los músculos.

—¿Quién la ha matado, Rambler? ¿Quién ha sido?

—¿Cómo quieres que lo sepa?

—Al menos sabrás quién presentó la denuncia.

—Eso sí. Unos empleados de una agencia de transportes. Encontraron a Annabel muerta en el interior de su camión.

Nick no contestó. Parecía como si aquella explicación le pareciese razonable y suficiente.

Jessica le miraba con grandes ojos donde se leía la decepción y al mismo tiempo la angustia.

«¿Tan inocente e imbécil eres? —parecía preguntarle—. ¿O tan aturdido estás para no darte cuenta de que él mismo la mató? ¿No recuerdas ya que tú mismo encargaste a una agencia de transportes recoger un bulto en el apartamento de Rambler? ¿Tan tanto eres que no ligas ambas cosas?»

Pero, efectivamente, Foreman parecía no relacionar un hecho con el otro. Estaba tan aturdido, pese a que quería aparentar serenidad, que no se daba cuenta de nada.

Claro que era una simple cuestión de tiempo. Pronto su mente se serenaría, y comprendería que solo una persona podía haber matado a su hermana: ¡Auguste Rambler!

—Vamos —repitió el productor.

Artois y él desaparecieron. Artois, antes de alejarse, dirigió una última y aviesa mirada a Rambler, como si él fuera el único en darse cuenta de la terrible contradicción que había en las palabras del guionista.

Este hizo arrancar suavemente el coche.

—¿A dónde vamos? —preguntó Jessica, casi sorprendida por la maniobra.

—A mi casa cerca de Mount Saint Michel.

—¿CÓ... mo dices?

—¿Por qué te sorprendes? Allí podré terminar el guion, que es lo único que puede interesarme. Allí trabajaremos en paz. ¿Es que aún no comprendes que soy un guionista que se encuentra en un momento crítico de su carrera? ¡Necesito terminar pronto y bien el trabajo que me encargaron! ¡Necesito asombrar a todo el mundo!

Jessica estaba tan dominada por sus propios pensamientos y por su propio horror, que en el primer momento apenas acertó a moverse. Solo oyó que él decía, con voz lejana:

—Te gustará aquel sitio, ya lo verás. Lo llaman «La casa de las dimas».

CAPÍTULO XIII

Jacques se dio cuenta de que iba a morir cuando vio avanzar aquella mesa vacía y empujada por dos hombres.

Era una de esas mesas con ruedas que se emplean para trasladar los cadáveres de un punto a otro de la Morgue. En este momento no había ningún cuerpo encima de ella, pero sí una sábana blanca y limpia con la que el cuerpo podía ser ocultado en cualquier momento.

No era lógico que una camilla vacía fuese transportada por allí, casi en el vestíbulo de la Morgue. No era normal tampoco que la empujasen nada menos que dos hombres.

¡Y menos lógico era que los dos hombres le mirasen exclusivamente a él mientras parecían avanzar en busca suya!

Aparentemente todo era inofensivo, inocuo, pero Jacques *olía* el peligro. Jacques se daba cuenta de que algo no era normal... ¡y él iba a experimentarlo muy pronto en su propia carne!

La camilla avanzaba hacia él. Los dos hombres tenían los ojos fijos en su rostro. Iban cubiertos por batas blancas de enfermero, pero por debajo asomaban unos pantalones de excelente calidad y unos zapatos bien lustrados. Jacques sabía que los enfermeros auxiliares figuraban entre los empleados peor pagados de Francia.

¡Tampoco aquellos zapatos y aquellas ropas tenían la menor lógica!

Vio que en el vestíbulo no había nadie.

La situación podía ser absurda, pero era real, y tan dramática que a Jacques se le había cortado la respiración.

No era cobarde, no temía a la muerte ni a la violencia, pero tampoco estaba acostumbrado a ella. Ignoraba lo que se debe hacer en un caso semejante. ¿Pedir socorro? Eso sería vergonzoso. ¿Pasar a la ofensiva? ¡Justo! ¡Eso iba a ser lo mejor!

Se acercó a los dos hombres mientras estos se aproximaban más a él. Ambos habían visto ya también que en el vestíbulo no había nadie. Ya no trataban de disimular.

Jacques tampoco.

El choque se produjo de una manera brusca en el centro del vestíbulo, y no por esperado fue menos violento. Jacques disparó su puño derecho contra el hombre que estaba más cerca suyo, y los efectos fueron mucho más fulminantes de lo que él mismo hubiera imaginado. El individuo cayó hacia atrás, con los brazos en cruz, y su cabeza chocó contra el suelo, produciendo un chasquido sordo. Jacques se volvió entonces contra el otro, que ya estaba más en guardia que su compañero.

Un zurdazo al hígado dejó a Jacques sin respiración. No estaba

acostumbrado a aquella clase de golpes y se sorprendió ante sus demoledores efectos. El individuo lo completó con un gancho de derecha que pareció hacer astillas la mandíbula del joven.

Si a él le hubieran contado que una cosa así había ocurrido en la impresionante Morgue de París, no lo hubiese creído. ¡Y sin embargo le estaba sucediendo a él! ¡A él, en carne y hueso!

Reaccionó cuando el individuo iba a aplicarle un segundo zurdazo al hígado, dándose cuenta de la eficacia del primer golpe. Jacques lo frenó con un derechazo tras el pabellón de la oreja que debió hacerle ver millones de estrellas. Luego le golpeó el estómago, fue a cazarle con un directo al mentón que le pareció iba a ser definitivo... ¡y en ese momento sintió como si su cabeza estallara en cien pedazos!

El tipo a quién él había golpeado en primer lugar, no había estado inconsciente el tiempo que él pensó. Mientras se peleaba con el otro, el primero había conseguido recuperarse. El culatazo que propinó en la nuca de Jacques fue sabio, científico y de los que no perdonan. Lo recogió mientras caía, y su compañero, en una hábil sincronización de movimientos, hizo lo propio. Jacques no se dio cuenta, pero fue suspendido en el aire como un cadáver y colocado en la camilla en menos de tres segundos. Inmediatamente se le cubrió con la sábana.

Los dos individuos se movieron entonces con una fantástica rapidez.

Solo había transcurrido un minuto y medio desde que empezó la pelea, pero en cualquier momento podía aparecer alguien en el aún desierto vestíbulo. Empujaron entonces la camilla hasta el ascensor, penetraron en él con su carga y detuvieron el artefacto entre dos pisos, para que nadie pudiera molestarles.

La rapidez con que entonces actuaron, siguió siendo realmente notable.

Uno de ellos introdujo un pañuelo en la boca de Jacques, apretándolo convenientemente, y luego le selló los labios con dos anchas tiras de esparadrapo. Mientras tanto, su compañero ataba con un bramante las manos a la espalda del inanimado Jacques.

Nuevamente con la sábana encima de su cuerpo, parecía completa y absolutamente un cadáver.

El ascensor fue hecho funcionar nuevamente, descendiendo a la planta baja. Las puertas corredizas se deslizaron sobre sus raíles.

Una sola persona, al parecer un médico de provincias, esperaba al gran ascensor en la planta baja. Se hizo a un lado al ver la camilla con lo que parecía una fúnebre carga.

—Perdón —dijo.

Los dos individuos sacaron la camilla. En aquel momento otros dos hombres llegaban. Parecían desorientados y miraban a todas partes, porque no debían conocer el edificio.

Casi tropezaron con la camilla.

Eran Artois y el productor Nick Foreman, pero ninguno de los dos

dirigió una sola mirada al artefacto.

Este fue introducido en un lugar muy lógico.

¡La gigantesca nevera de la Morgue!

Ninguno de los dos empleados que la atendían estaba en aquel momento visible. Muy al fondo había uno, sentado ante una mesa, pero no le llamó la atención la presencia de aquellas dos remotas figuras blancas, realizando algo que parecía muy habitual. Ambos se movían con una seguridad aplastante, absoluta, que eliminaba cualquier sospecha. Los ojos del primero buscaron entre los cajones próximos.

«Sin identificar». «Sin identificar». «Sin identificar».

Había tres con la misma inscripción, casi juntos. Cualquiera de ellos servía. Eran cajones que no se abrirían en muchos días, en semanas quizá. Tiraron del primero de ellos.

Apareció una vieja horrible, desnuda, que enseñaba los dientes en una mueca agónica.

En menos de medio minuto fue sacada y colocada sobre la camilla, mientras Jacques era introducido en el cajón, a varios grados bajo cero. Este se introdujo otra vez en su nicho, con un sonido chirriante.

El empleado situado al fondo ni les miraba. Además uno de los dos hombres había tenido la precaución de situarse de modo que casi tapaba por entero su campo visual.

Todo transcurrió en treinta, en cuarenta segundos quizá.

Los dos hombres empujaron la camilla, con el nuevo cadáver, hacia la sala donde los cuerpos de los no identificados servían para los laboratorios de disección. Nadie reconocería aquel cuerpo dentro de tres días. Ni nunca más. Y quizá el cuerpo de Jacques permanecería tres, seis meses en su helado ataúd de acero.

Olvido eterno para sus fibras, para sus nervios. Olvido eterno para su alma.

CAPÍTULO XIV

Cuando Rambler conducía con cierto nerviosismo, al salir de la Morgue, estuvo a punto de chocar contra un «Jaguar» ya algo antiguo, pero extremadamente vigoroso, con enormes ruedas y largo morro, que también parecía conducido por manos poco seguras.

Los del «Jaguar» frenaron y lanzaron una maldición contra Rambler, cuyo parachoques había arañado un poco la pared izquierda del hermoso vehículo. Eran dos tipos muy morenos de cabellos rizados, seguramente argelinos. Por un momento Rambler temió que bajaran y allí se armase una pelea a puñetazos, tanto más cuanto que la única culpa del leve accidente había sido suya.

Pero los argelinos parecían tan nerviosos y con tanta prisa como él. Después de un par de insultos, enfilaron de nuevo su poderoso coche hacia la Morgue.

—Esos no sabían a dónde iban —masculló Rambler, con mal humor—. Además, juraría que el coche era robado.

—¿Por qué?

—Por ese modelo de «Jaguar», cualquier coleccionista daría una auténtica fortuna. No creo que dos argelinos con esa facha, viviendo en París, tengan a su disposición un bólido semejante.

Jessica hizo un gesto de asentimiento.

Pero en el mismo momento de oír aquellas palabras, ya las había olvidado por completo.

Estaba absorta en otras preocupaciones, en otros problemas mucho más angustiosos y obsesiones.

Y sin embargo aquel choque, aquel «Jaguar» de morro poderoso, aquellos dos argelinos de rostros apenas entrevistados, iban a tener una influencia decisiva en su destino.

Pero ella no lo sabía.

* * *

Cuando vio que Rambler recogía la pequeña máquina de escribir, papel abundante y pequeños útiles de aseo para pasar un par de días fuera del apartamento, la inteligencia de Jessica le dijo que había llegado al borde del pozo, y que no podía dar un paso más sin riesgo de hundirse.

Él era un asesino, de eso ya no podía tener ninguna duda. ¡Un extraño asesino que estaba escribiendo el guion de sus propios crímenes! Era un hombre que había descargado el primer golpe, y que sin duda descargaría el segundo, precisamente contra ella. La llevaba a un lugar solitario llamado

«la casa de las dunas» para poder exterminarla con toda tranquilidad.

Algo en el corazón de la muchacha gritaba: «¡No, No, No!».

Y sin embargo, jamás había sentido un deseo semejante de llegar hasta el fin, una tendencia tan intensa e irreprímible de hundirse en el fondo de aquel pozo sin nombre... ¡donde estaba la solución de un crimen que de otro modo jamás podría descifrar!

Mientras preparaba sus cosas en un maletín negro, Rambler la miró fijamente.

Se le veía nervioso, desasosegado, como si adivinara los pensamientos de Jessica, pero al mismo tiempo dotado de una determinación inflexible.

—¿No te llevas nada, Jessica? ¿No tienes ropas para pasar un par de noches fuera de tu casa?

Muchas veces Jessica había visto películas o leído novelas en que trataba de descifrarse la sicología de un asesino. Y a ella siempre le había parecido aquel un problema remoto, lejano, con el que jamás llegaría a enfrentarse. Sin embargo tenía un asesino ante sus ojos, lo veía moverse, actuar... ¡y no era capaz de reaccionar, de hacer nada! ¡No era capaz ni tan siquiera de sentir indignación!

Como un autómatas susurró:

—Algunas tiendas de esta zona aún están abiertas. Iré a comprarme un pijama y algunas cosas de aseo. No necesito nada más.

—Naturalmente, esos gastos son a cuenta mía. Toma cien francos.

Jessica los aceptó. Estaba tan absorta que no se daba cuenta de lo que significaban sus propios actos.

—Por cierto, necesitaré llevarme unas pastillas que tomo a veces —dijo Rambler—; seguro que allí no las encontraría. ¿Podrías comprármelas?

—¿Por qué no? ¿Cómo se llaman?

—Buscapina compositum.

—¿Qué?

—Buscapina compositum. Tengo miedo de que no recuerdes ese nombre.

—¿Por qué no me lo apuntas?

Rambler había guardado ya los papeles necesarios para el trabajo. Extrajo su agenda y fue a arrancar una hoja. Luego pareció pensarlo mejor.

—Toma, llévatela y me la vuelves a subir. El nombre está apuntado en la primera página; me compras un tubo, por favor.

Jessica se daba cuenta de que Auguste estaba muy nervioso. Por un lado pensaba que eso era indicio seguro de que se disponía a cometer un segundo crimen; por otro, se daba cuenta de que Rambler estaba a punto de perder el control de sí mismo, lo que le haría cometer numerosos fallos. Eso era lo único que daba un poco de seguridad a Jessica.

Sin embargo, cuando ella bajó a la calle con la agenda y los cien francos apretados en su mano derecha, igual que una niña que va a un recado, estaba firmemente decidida a no continuar ni un minuto más

aquella insensata aventura.

Llamaría a la Sûreté y explicaría lo sucedido. Haría que los gendarmes detuviesen a Auguste Rambler. No había razón alguna para correr más peligros.

A cambio de declarar la muerte de Annabel Foreman, solicitaría ser recibida por el Presidente de la República, y pediría gracia para su hermano René. Al menos un nuevo aplazamiento en el cumplimiento de la sentencia. ¿Cómo podría negarse eso a una muchacha que había arriesgado su vida para salvar la de un condenado? ¿No era eso lo más prudente que Jessica podía hacer?

Incluso así daría la sensación de que Jacques Tordu, el joven abogado, se había anotado un pequeño triunfo. Jessica deseaba sinceramente ayudar a aquel joven, cuya humilde y voluntariosa mirada había recordado muchas veces desde que tropezaron junto a la casa de Rambler.

Estos eran sus pensamientos, y sin embargo las cosas iban a suceder de manera bien distinta.

Dominada por una curiosidad muy femenina, Jessica hojeó por encima la agenda que le había dejado Rambler. Había en ella docenas de direcciones, docenas de anotaciones y de nombres. Y uno de esos nombres era el de la señora Clessy, la vieja de cuya muerte acusaban a su hermano René.

Aturdida, paralizada por la tempestad de pensamientos que rugía dentro de su cráneo, la muchacha quedó quieta en el centro de la calle, sin darse cuenta de que un «ID.19» se le echaba encima.

Un gendarme la empujó en el último segundo, haciéndola rodar por tierra y salvándole así la vida. La visión de las piernas de la muchacha, alzadas al aire, hubiera bastado para detener el tráfico, aun en el caso de no estar el gendarme allí.

Este farfulló:

—¿Está loca? ¿Quería que la atropellasen?

Desde el suelo, mientras lograba cubrirse al menos los sujetadores del portaligas, la muchacha le miró. Se dijo que allí estaba la solución, que no tenía más que hacer un gesto para que el misterio se aclarase. El gendarme subiría con ella al apartamento de Rambler y detendría a este provisionalmente para ser interrogado. No necesitaba correr ningún peligro más.

El gendarme pareció darse cuenta de que algo anormal le sucedía a aquella extraña muchacha.

—¿Necesita algo, señorita?

Jessica estuvo a punto de gritar: «¡Sí! ¡Necesito que me acompañe a detener a un asesino!»

Pero se sorprendió al oír su propia voz diciendo:

—No, gracias, no necesito nada. Estaba aturdida, eso es todo.

—¿Quiere que la acompañe a alguna parte?

—No, no... Solo voy a hacer algunas compras por la vecindad. Gracias.

Al ponerse en pie se dio cuenta de que había perdido una magnífica oportunidad para terminar con aquella pesadilla, pero pensó también que, siguiendo junto a Rambler, daría con alguna pista que la llevaría a la solución del enigma de su hermano.

En este momento Jessica sabía que podría salvar a alguien cuya vida le era muy estimada, pero que quizá, a cambio de ello, su propio cuerpo sería aniquilado.

Cosa rara, no le importó.

No le importó ir con un asesino al lugar donde este prepararía meticulosamente, calmadamente, todo el horrible rito de su crimen.

* * *

El «Jaguar» antiguo, de líneas clásicas, de motor poderoso, de *tablier* tallado en «fine bois», se detuvo cerca de la Morgue, y de él descendieron los dos hombres morenos, de cabellos levemente ensortijados, que a Jessica le habían parecido argelinos.

En efecto, lo eran.

Iban embutidos en gabardinas muy ceñidas, llevaban corbatas algo chillonas y ofrecían ese aspecto entere sugestivo y cómico con que los «gangsters» han sido presentados en centenares de películas. Pero no eran «gangsters», aunque habían robado el «Jaguar» que pilotaban. Se trataba de vulgares rateros, uno de los cuales se había fugado de presidio... ¡para ver el cadáver de su propia madre!

* * *

Avanzaron como sombras por el vestíbulo silencioso, y sin vacilar un momento se dirigieron a la «nevera», Previamente habían estudiado un plano del edificio, de modo que no vacilaban en ninguno de sus gestos.

Esta vez había un empleado detrás de la puerta. Un tipo vestido de blanco que les miró con la boca torcida.

—¿Qué hacen ustedes aquí?

—¿Está *monsieur* Renaudot?

—¡Aquí no trabaja nadie que se llame Renaudot!

Las sospechas del tipo vestido de blanco se confirmaron cuando vio a sus dos visitantes hacer un brusco gesto, pero no le quedó tiempo para lanzar un grito. Bruscamente, una cachiporra de goma se abatió dos veces sobre su cráneo. El tipo vestido de blanco se arrugó y empezó a deslizarse hasta el suelo, pegado a una de las paredes. Para mayor seguridad, el tipo de la cachiporra le golpeó otra vez, aunque ahora ya no hacía falta.

Su compañero le detuvo.

—¡No compliques más las cosas!

—¡No le he matado! ¡Solo he querido asegurarme de que luego no va a poder perseguirnos!

—No debí haberte ayudado, Mimoum. Primero te escapas de la cárcel, luego robas un coche, y ahora esto...

—Solo quiero asegurarme de que mi madre está aquí. ¡Hace seis meses que ese maldito de Ben Jedar me anunció que la mataría, y seis meses que no sé nada de ella! ¡Cuando me dijeron que estaba entre los cadáveres no identificados no quise creerlo, pero ahora...!

—¿Y no hubiera sido más sencillo pedir que te enseñaran los cuerpos no identificados? ¿Crees que eso está prohibido?

—No voy a ir dando la cara por ahí, imbécil. Una vez que me he fugado de la cárcel, quiero disfrutar de la libertad. La vida entre rejas es una solemne porquería, es algo que da náuseas. ¡Si me atrapan quiero que lo hagan en un cabaret, pero no en la Morgue!

—¿Y por qué no he venido a hacer la identificación yo, si es que ella está de verdad aquí?

—Si han matado a mi madre yo mataré también —dijo tercamente el de la cachiporra de goma—. ¡Y para eso quiero estar bien seguro, quiero verlo con mis propios ojos!

—Bueno, pues mira de una vez, maldita sea... Este tipo no despertará en media hora, pero puede venir otro... ¡Bonita manera de pasar la noche! ¡Viendo muertos en conserva!

Los cajones frigoríficos correspondientes a cuerpos no identificados eran fácilmente distinguibles por las etiquetas. El tipo de la cachiporra guardó esta en el bolsillo y abrió con esfuerzo uno de los pesados cajones, el cual empezó a deslizarse silenciosamente sobre sus guías. Dentro había un tipo que parecía momificado, y cuya larga barba de «clochard» le llegaba hasta la cintura. El argelino contuvo una náusea.

Cerró el cajón y abrió otro. De todos ellos se desprendía una sensación de frío, de soledad, que era mucho más angustiosa que la misma sensación de la muerte.

Dentro del segundo cajón se veía a una mujer de media edad con dos piernas amputadas. La situación era tan violenta y tan angustiosa que el otro argelino hubo de apoyarse en una de las paredes, mientras un sudor helado bañaba sus facciones. Su compañero intentó aparentar serenidad.

—¡Vamos, tú, ayúdame!

Tambaleándose, los dos hombres abrieron un nuevo cajón, y esta vez sí que lanzaron al unísono un grito. Porque el que estaba dentro era un hombre vestido... ¡un hombre vivo!

El desconocido llevaba la boca sellada por dos tiras de esparadrapo y las manos atadas a la espalda. No podía gritar, pero se contorsionaba desesperadamente. Sus ojos pedían auxilio mejor que todas las palabras.

Los dos argelinos oyeron un ruido extraño y se dieron cuenta de que era el castañetear de sus propios dientes.

—Creerán que lo hemos hecho nosotros, creerán que...

—¡Pero no podemos dejarlo así! ¡Sería peor!

Uno de ellos, con mano temblorosa, arrancó los esparadrapos. Jacques respiró con ansia y pudo incorporarse. Notó que una afilada navaja —con la que quizá se habían cometido varios asaltos a tipos solitarios en los arrabales de París— cortaba sus ligaduras.

Los dos argelinos quedaron boquiabiertos cuando vieron salir a aquel tipo disparado como alma que lleva el diablo. No sabían qué pensar.

Bueno, no es que aquellos dos tipos hubieran pensado gran cosa durante sus agitadas vidas, pero ahora muchísimo menos.

Echaron también a correr, temiendo que se despertara el empleado del depósito.

Pero el empleado del depósito de los muertos estaba ahora soñando con señoritas en «déshabillé». Señoritas vivas, no hace falta decirlo.

CAPÍTULO XV

A aquella hora de la noche era difícil desplazarse a razonable velocidad desde París al recodo de Bretaña, pero no era imposible. Los embotellamientos de coches en las salidas de la capital resultaban bastante menores que en otros momentos de la jornada. El «Austin» de Rambler rodaba alegremente bajo la suave luz de las estrellas, dejando atrás los pesados camiones que hacían la ruta del Noroeste. Rambler había puesto la capota porque durante la noche refrescaba mucho, y Jessica se sentía como encerrada en una jaula, en una trampa. Apenas se atrevía a respirar, mientras Rambler conducía, cada vez a más velocidad, hacia los hermosos parajes de Mount Saint Michel.

Se desviaron al llegar a Dinant, y en lugar de seguir hacia Saint Malo tomaron una carretera comarcal a la izquierda. Pronto pudieron ver, desde lo alto de un acantilado, las extensas playas bajas, tristes y hostiles, contra las que las olas se estrellaban sordamente a la luz de la luna.

La casa estaba allí, solitaria, silenciosa, sin más compañía que la del mar y la de las estrellas.

Buen sitio para descansar; hermoso quizá durante el día, pero que resultaba, en cambio, espantoso durante la noche. La casa era como un panteón de donde uno esperaba que partiesen alaridos o donde brillaran luces de ultratumba.

«No debo dejarme impresionar por mis pensamientos... —se dijo Jessica—. Todo esto me ocurre porque estoy asustada...»

Comprendía muy bien por qué la llamaban «la casa de las dunas».

Grandes montículos de arena la ocultaban parcialmente, contribuyendo a hacer aún más espectral el paraje y a dar mayor sensación de misterio a los alrededores de la casa.

Sin embargo, el interior de esta era precioso. Estaba bien amueblada, resultaba acogedora, y cualquiera hubiese comprendido que, durante el día, había de ser un rincón envidiable.

Rambler encendió las luces, puso la máquina de escribir cerca de una ventana y susurró:

—Ahora debes ir a dormir, Jessica. Estarás cansada.

—No... No lo estoy.

La verdad era que la muchacha no quería ir a dormir a una habitación ignorada de aquella casa. Lo cierto era que se daba cuenta de que había cometido un terrible error.

—Debes ir a dormir —dijo Rambler con voz suave y convincente—. Mañana has de estar descansada y preparada para lo que tiene que suceder. Porque quizá mañana terminemos el guion y se desarrolle aquí el último

acto de nuestro drama...

CAPÍTULO XVI

Aquella noche Jessica estuvo dominada por las más terribles pesadillas.

Estaba en una casa aislada, con la sola compañía de un hombre, y no la asustaba pensar que él pudiera sentirse atraído por su cuerpo. No, en eso no pensó una sola vez. Solo pensó en que ahora ya estaba segura de que aquel hombre era un asesino... ¡y de que pensaba terminar su «drama» allí! ¡Ella sería la última víctima de aquella increíble tragedia!

Ahora, mientras daba vueltas y más vueltas en su lecho, mirando de vez en cuando la puerta bien cerrada de su habitación, se daba cuenta de que al venir allí había cometido la peor imprudencia de su vida. No solo no conseguiría salvar a su hermano René, sino que ella misma moriría como había muerto Annabel. No tenía ninguna duda acerca de las intenciones de Rambler, y lo único que podía dudar aún era qué momento elegiría para matarla.

Hundida en estas reflexiones, la muchacha tomó de pronto una decisión.

Había cometido un terrible error, pero aún estaba a tiempo de repararlo.

La casa tenía teléfono, y era de suponer que la línea funcionaría normalmente. Aún podía llamar a la población más próxima, que posiblemente sería Dunant. Los hombres del puesto de gendarmería del pueblo se presentarían en la casa, como máximo, una hora más tarde.

Jessica no lo pensó más. Saltó del lecho.

Estaba descalza, y desde sus pantorrillas ascendió por todo su cuerpo una angustiosa sensación de frío.

Se pegó a la puerta, escuchando los menores ruidos que llegaban desde los otros lugares de la casa.

Silencio. Todo era silencio en torno suyo. Un silencio pegajoso que adormecía poco a poco.

La muchacha hizo girar la llave y abrió la puerta.

Esta chirrió muy débilmente, pero eso bastó para que los nervios de Jessica sufrieran una sacudida.

Sintió la tentación de gritar, de encerrarse otra vez en su habitación, de llorar de impotencia mientras Rambler preparaba los detalles de su crimen.

Pero consiguió dominarse.

Con todos los nervios en tensión, paso a paso, lenta y angustiosamente, fue saliendo de la habitación.

Esta se hallaba en la planta superior de las dos de que constaba la casa. Una escalera ya vieja, pero que afortunadamente no crujía en absoluto, llevaba a la planta situada cerca de la puerta. Jessica lo veía brillar tenuemente, como una llamarada.

Se dirigió hacia él, con la mano tendida, sintiendo en los dedos un cosquilleo parecido al de una descarga eléctrica.

No respiraba, no pensaba en nada. Todo su cuerpo estaba como sumido en un éxtasis provocado por su propio miedo.

Tomó el teléfono.

¡Y en ese momento en que lo alzaba sonó el timbre de este, pidiendo comunicación!

El timbre llegó apenas a sonar un par de segundos, pero la muchacha quedó petrificada, con el auricular apretado contra su pecho, temiendo que Rambler, que dormía en la planta baja, pudiera haber despertado. Desde el interior del auricular, una minúscula voz gritaba monótonamente: «*Oiga, oiga, oigaaa...*»

No se escuchaba ningún otro sonido. Rambler no debía haber despertado. La muchacha se pegó al auricular, sabiendo que, al fin y al cabo, en aquella voz lejana estaba la salvación de su vida.

—Dígame...

—¿Es usted la chica que estaba con Rambler?

A ella le resultó conocida aquella voz, aunque no supo precisar sus recuerdos.

—Sí, soy yo misma. Jessica Albert.

—¡Diantre, Jessica! Yo soy Foreman.

¡Foreman, el productor! La muchacha suspiró aliviada, mientras la tensión insoportable de sus nervios parecía relajarse.

—Gracias a Dios —susurró.

—¿Pero qué le ocurre? Diríase que está asustada. ¿Se encuentra con usted ese pájaro de Rambler?

—Sí.

—¿Por qué no grita más?

—No... No puedo.

—Oiga, ¿qué sucede? ¿Dónde está Rambler?

—Duerme... creo yo.

—Pues si duerme despiértele inmediatamente. Estoy loco, estoy trastornado por lo ocurrido a mí hermana, pero al mismo tiempo estoy metido en un lío de dinero que no puedo solucionar sin la ayuda de Rambler. Me han dado un crédito para la película, un crédito muy importante... ¡y necesito enseñar el guion terminado dentro de un par de días! ¿Qué hace? ¿Por qué no trabaja?

Jessica dijo, con un soplo de voz:

—Señor Foreman, de ese guion quería hablarle.

—¿Qué? ¿Va muy retrasado?

—No es eso, Señor Foreman, no se ría de mí por lo que voy a decirle. Pero las cosas que suceden en ese guion, están ocurriendo también en la realidad.

—¿Se ha vuelto loca?

—Quiero decir que Rambler escribe *lo que piensa hacer*.

—Es decir, ¿habla de crímenes que él comete luego?

La muchacha notaba que en la voz de Nick no había burla. ¿Cómo podía haberla si su propia hermana Annabel había sido asesinada? Lo peor era que Foreman se burlase de ella, pero, si la creía todo estaba salvado. Jamás Jessica se había sentido tan cerca de que aquella increíble aventura terminase bien.

Sus nervios se relajaron, mientras exhalaba otro suspiro de alivio.

—Veo que me ha entendido perfectamente, señor Foreman.

—¿*Rambler asesinó a mi hermana?*

—Sí, señor Foreman.

—¿Cómo lo sabe?

—Yo estaba en el apartamento cuando ella vino, y *luego ya no la vi salir*. Salió en aquel cajón de los transportistas... muerta.

—¿Sabe lo que dice, Jessica?

Ahora la voz era distinta. Se dio cuenta de que otra persona había tomado el teléfono.

—¿Quién es usted?

—Soy Artois, el prometido de Annabel.

—¿Estaba escuchando?

—Estaba junto a Foreman. Él ha dejado caer el auricular. ¡No puede ni sostenerse en pie!

—Oiga, Artois...

—¿Qué?

—Es Rambler el que asesinó a su prometida. Eso era lo que estaba explicando a Foreman hace un instante. ¡Mató a Annabel y me matará a mí! ¡Tienen que ayudarme!

Añadió con voz ronca, gritando más de lo necesario:

—¡Avisen a la policía!

—Lo haremos, desde luego que lo haremos. Pero por el momento se me ocurre algo mejor, Jessica.

—¿Qué?

—No podemos dar un paso en falso. Sería terrible. El señor Nick Foreman es un hombre respetable.

—¡Yo estoy segura de lo que digo!

—Precisamente por eso va usted a confirmar sus declaraciones ante la policía. Lo primero que haremos será sacarla de ahí.

—Me... me parece bien. Tengo la sensación de que si no llegan pronto voy a desmayarme.

—Pero hemos de sacarla sin que Rambler se dé cuenta. Oiga...

—Sí, ya le escucho... No pierda tiempo. ¡Hable, por Dios, hable!

—Estamos en Dunant.

—Ya lo suponía. Oigo sus voces muy claramente.

—Nuestro coche llegará en veinte minutos. Esté atenta junto a una

ventana del lado opuesto al mar; conozco la casa, y sé que desde todas ellas se divisa la carretera. Haremos señales encendiendo y apagando los focos tres veces. ¿Comprendido?

—Sí, sí... ¡Comprendido, sí! ¡Pero pónganse en marcha inmediatamente! ¡Enseguida!

—Cuando vea las señales salga. Nosotros iremos en su busca. No correrá ningún peligro, pero venga hacia nosotros todo lo aprisa que pueda.

Ella jadeó, sin fuerzas:

—Sí...

—No se arriesgue. No cometa imprudencias.

Ella no contestó. Se limitó a colgar el teléfono mientras susurraba:

—Por Dios vengan... No puedo más...

No se dio cuenta de que la puerta de la habitación donde estaba Auguste Rambler se había entreabierto ligeramente.

No advirtió que él, completamente vestido y con una extraña expresión en el rostro, acababa de oír toda la conversación.

CAPÍTULO XVII

Jessica acababa de colgar el teléfono.

El silencio era tenso, obsesionante, en toda la casa. Parecía no oírse ni siquiera el rumor de las olas en la cercana playa.

Jessica no se daba cuenta de que ya estaba habituada a aquel sonido, y por lo tanto había dejado de oírlo.

No se percató tampoco de que la puerta de la habitación de Rambler estaba del todo abierta. No se dio cuenta de que la figura del hombre, alta y rígida, se recortaba en el umbral.

Puso los pies en el primer peldaño, para ascender a su habitación nuevamente.

De pronto oyó el tictac de un reloj, al que Rambler debía haber dado cuerda aquella misma noche. Tuvo la sensación confortadora de que el tiempo iba transcurriendo. Ya faltaba menos para que se cumpliesen los veinte minutos que Artois había fijado como tope.

Subió.

No se enteró de que Rambler avanzaba.

Puso los pies en el tercer peldaño, en el cuarto.

¡No se dio cuenta de que Rambler ponía los pies en el primer peldaño también!

Durante unos segundos interminables, lentos, angustiosos, la muchacha fue ascendiendo y Rambler lo hizo detrás suyo.

Cuando ella estaba en el quinto peldaño, Rambler estaba en el segundo.

Cuando ella pisaba el séptimo, Rambler se hallaba en el quinto.

¡Cuando ella estaba en el octavo, Rambler se encontraba en el séptimo ya! ¡Había progresado silenciosamente hasta hallarse junto a ella! ¡La tenía al alcance de sus dedos!

Gruesas gotas de sudor surcaban el rostro de Rambler, cuya mirada se había vuelto espantosamente gris.

Los labios de Jessica temblaban.

Suspiró con alivio al llegar al último peldaño... ¡y entonces escuchó un levisimo crujido en la barandilla!

Una descarga eléctrica recorrió la espalda de la muchacha. Volvió apenas la cabeza... ¡para ver junto a ella los ojos grises, las facciones sudorosas de Rambler!

Dio un salto felino, un salto dictado por su propio miedo, y voló hasta la puerta de su dormitorio justo en el momento en que la mano de Rambler caía sobre ella. Los dedos ansiosos la rozaron, desgarrando su vestido. Un grito ronco partió de la garganta del hombre.

Jamás la muchacha se había movido con tanta rapidez... ¡pero Rambler

la tenía a su alcance! ¡Iba a sujetarla!

Cuando Rambler se lanzaba, seguro de que ella ya no podía escapársele, tropezó con el último peldaño.

No llegó a caer del todo, pero sus manos, que iban a cerrarse sobre la espalda de Jessica, rasgaron inútilmente el aire.

Jessica cerró la puerta, mientras el hombre se lanzaba de cabeza contra ella. El esfuerzo fue inútil y vano. Se puso a aporrear la hoja de madera, mientras aullaba:

—¡Sal de ahí, maldita! ¡Sal de ahí de una vez! ¡Tenemos que hablar! ¡Tenemos que hablar, condenada!

Jessica, pegada al otro lado de la hoja de madera, oía aquellas voces como si surgiesen del interior de su propio cráneo. Sabía que entre su vida y su muerte no había más barrera que aquella puerta, y se preguntaba con angustia si sería capaz de resistir los furiosos embates de Rambler. Ahora el sudor resbalaba también por las facciones de la muchacha, un sudor claro, helado, viscoso. Desde su ventana sabía que podía distinguirse cualquier luz en la carretera... ¡pero no vio ninguna señal! ¡Ninguna!

Rambler arremetió dos veces contra la puerta, pero no pudo derribarla. A cada nuevo golpe, Jessica sentía como si fuera a paralizársele el corazón. Por fin el hombre debió darse cuenta de la inutilidad de sus esfuerzos y debió apartarse de allí, para trazarse un plan de acción. Se hizo de nuevo el silencio.

Transcurrieron cinco minutos, seis, diez... ¿Por qué no llegaban ya Foreman y Artois? ¿Por qué no llegaban?...

Jessica se acercó a la ventana, para ver si Rambler iba a intentar trepar por allí... ¡y entonces distinguió luces en la cercana carretera! ¡Los faros de un automóvil se encendieron y se apagaron tres veces!

CAPÍTULO XVIII

La aparición de un ángel salvador no hubiera podido alegrar más a Jessica que aquel simple parpadeo de luces.

Sin pensarlo ni un instante, dándose cuenta de que los minutos jugaban contra ella, asomó las piernas por encima del borde de la ventana y calculó la altura hasta suelo. Se dio cuenta de que, a pesar de que el firme, abajo, era algo arenoso, lo que amortiguaría el golpe, el salto no dejaba de ofrecer sus peligros. Pero no podía elegir, porque al otro lado de la puerta aguardaba Rambler.

Tenía que hacerlo sin pérdida de tiempo... ¡y lo hizo!

Sintió como si el choque repercutiera en la medula de sus huesos cuando tomó contacto con el suelo. Se puso en pie trabajosamente y notó que era dueña de sus músculos. No se había roto nada, y por tanto podía huir. ¡Podía huir!

Corriendo todo lo que sus piernas le permitían, avanzó hacia la carretera. No se había vestido por completo, pero sí llevaba ahora una falda, una blusa y sus zapatos. Vio otra vez el parpadeo de los faros del coche, que buscaba así el poder orientarla. El coche estaba detenido a poca distancia del acantilado, sobre una peligrosa curva, pero en el punto menos distante entre la carretera y la casa.

Nadie acudía en su busca, la muchacha jadeaba de cansancio. Volvió la espalda un instante y no vio a Rambler. Nadie la perseguiría. ¡Mientras Rambler no estuviera oculto tras una de las dunas que había entre la carretera y ella!

Pero Rambler no apareció. Aún debía estar aguardando junto a la puerta. ¡Le había dado esquinazo! ¡Iba a salvarse!

Jadeando, casi sin fuerzas, llegó al coche. En este no se veía a nadie.

Sin duda Foreman y Artois habían ido en su busca, perdiéndose enseguida entre aquel laberinto de dunas. Había sido una lástima que no pudieran gritar. Ahora tendría que aguardarles.

¿Y si el que llegaba era Rambler?

El pensamiento sobrecogió a la muchacha.

¿Y si Foreman y Artois se perdían —como parecía haber sucedido ya— en aquel laberinto de dunas y el que llegaba era Rambler?

Sintiendo que las rodillas le temblaban, la muchacha tomó una decisión.

Ella sabía conducir un coche.

Se sentaría al volante, y si Rambler aparecía ella pondría el vehículo en marcha. Las llaves de contacto estaban en el *tablier*. No podría alcanzarla.

Subió, comprobó que el vehículo estaba en punto muerto y manejó el

demarré, dando gas. El coche runroneó suavemente.

La muchacha se fijó entonces en una particularidad. Una extraña particularidad.

El coche estaba en punto muerto. El freno de mano aparecía bajado. ¡Y sin embargo el coche no se movía!

¿Le habrían puesto una falca en las ruedas? ¿Algo que lo sujetase?

Desde luego, era prudente hacerlo así, porque la pendiente a cuyo principio se encontraba era muy empinada y a su nal aparecía un acantilado sin apenas protección. Una caída desde allí significaba salir disparado hacia las aguas, donde aguardaba la muerte.

Jessica miró instintivamente hacia atrás, para comprobar si algo retenía el coche. Y entonces vio una mano crispada en el respaldo del asiento, casi junto a su espalda. Vio también algo más... ¡vio a Auguste Rambler tendido en el diván posterior, con los ojos cerrados, apretados los labios por dónde escapaba un hilillo de sangre!

Su grito horrible, lacerante, inhumano, se mezcló a una carcajada siniestra que parecía quebrar la calma de la noche. Vio, a través del cristal posterior, el rostro de Artois, que reía sarcásticamente. Las piedras que debían inmovilizar las ruedas del coche habían sido arrancadas... ¡y el vehículo empezó a rodar! ¡Empezó a rodar hacia abajo a velocidad creciente!

Presa de terror, la muchacha puso el freno de mano, pero el coche siguió rodando a velocidad creciente. ¡El cable del freno estaba roto! Vio que el de pie tampoco respondía y se llevó las manos a los ojos, ciega de pánico, sabiendo que no podría sincronizar ninguna marcha, que lo único que podía hacer... ¡era aguardar la muerte!

El abismo estaba a cien metros, a veinticinco, a diez...

Auguste Rambler se movió en aquel momento a su espalda, recobrando el sentido, y al ver lo que sucedía escapó de su garganta un alarido de horror.

¡Cinco metros!

¡Las ruedas delanteras patinaron!

¡El abismo!

Fue en este instante cuando Jessica vio que alguien saltaba desesperadamente hacia el coche, intentando detenerlo en un gesto casi infantil, pero que pudo ser suicida, y en aquel fugitivo instante le pareció que el que saltaba era Jacques Tordu. Pero aquella sensación se desvaneció enseguida... ¡Porque, con un horrible chillido de llantas, el automóvil se precipitó al abismo!

Jacques, sin pensarlo, se lanzó tras él. Se hundió en el remolino que el automóvil había formado al hundirse en las aguas negras.

EPÍLOGO

¿Era aquello la muerte? ¿Era aquella sensación la primera que un día sentiremos todos en el Más Allá?

Cuando Jessica abrió los ojos y vio aquella superficie blanca tuvo la certidumbre de que la visión no era real, de que correspondía a algo situado más allá de la frontera de la vida. Fue luego cuando se dio cuenta, con asombro, de que lo que estaba viendo era el techo de una habitación. Ella estaba acostada en una cama, y un rostro se inclinaba sobre el suyo. El miedo la dominó, al hacerle pensar que era el rostro de Rambler, y eso le obligó a abrir los ojos del todo. Estuvo a punto de lanzar un grito al darse cuenta de que el rostro que la estaba contemplando tan de cerca era el de Jacques.

Una voz lejana pidió:

—Déjala en paz... ¿No ve que los dos están medio muertos?

El rostro de Jacques pareció esfumarse entre la niebla.

* * *

Fue dos días más tarde, en una soleada habitación del Hospital de Saint Malo, cuando la muchacha estuvo lo bastante fuerte para escuchar las primeras explicaciones. Así se enteró de que Jacques había llegado a la carretera, después de tomar un taxi en París, justo cuando el coche empezaba a rodar hacia el abismo. Que había asestado un terrible golpe a Artois, dejándolo fuera de combate, y había corrido inútilmente tras el vehículo en un desesperado y vano esfuerzo por detenerlo. Luego se había arrojado al agua, pudiendo salvar a Jessica con sus últimas fuerzas. Pero no a Rambler.

—¿Por qué lo pusieron allí? —musitó Jessica.

—Dirás más bien *quién* lo puso. Fue una sola persona: Artois.

—¿Para qué?

—Para acabar con él. Le había sorprendido mientras él acechaba tras la puerta de tu habitación, en la casa, ansiando explicarte algo de lo sucedido. Un golpe en la nuca, sin ruido, bastó para inmovilizar a Rambler, quien no era demasiado fuerte. Lo transportó hasta el automóvil a hombros y entonces hizo la señal con los faros. Mientras tú llegabas puso unas piedras ante las ruedas, cortó el cable del freno de mano y pinchó los conductos de líquido del freno de pie. Estando tú dentro, le fue muy fácil quitar las piedras con un palo. Teníais que mataros los dos, y entonces la policía pensaría, sin duda alguna, que tú eras una aventurera y Rambler un aprovechado, y que el último paseo os había salido mal.

—No —dijo Jacques, cuyas manos y cabeza aún presentaban muchas erosiones—. Fue Artois. Lo ha declarado ya; después de sacarte del agua a ti, aún estaba sin sentido y, previos dos nuevos golpes, pude llevarle ante la policía.

—¿Cómo pudo Artois matar a Annabel?

—Debía estar acechando cerca de la puerta, y cuando tú saliste, llamó. Quizá le abrió el mismo Rambler; este punto ha de concretarse. El caso fue que liquidó a Annabel.

—¿De... delante de Rambler?

—Sí. E incluso él le ayudó a colocarla en el baúl.

—No lo entiendo... Si él no era un asesino, ¿por qué no lo impidió? ¿Por qué no hizo algo?

—Por miedo. Todo lo que hizo Rambler fue por miedo. Los cobardes son a veces peores que los asesinos. Había también otra razón.

—¿Cuál?

—Su guion. El necesitaba un guion que asombrase al público, que le devolviera en un solo día la fama que antaño tuvo. ¿Qué mejor que ligarlo a un escándalo policíaco que ya desde el primer momento iba a sobrecoger a toda Francia? Piensa que todos los puntos del guion que al mismo tiempo correspondían a la realidad, iban a ser comprobados por la policía y divulgados por la Prensa.

—No entiendo... —susurró Jessica—. Quizá lo comprenderé mejor si vamos por partes. ¿Por qué Artois mató a Annabel?

—Por la misma razón que había matado a la señora Clessy.

—¡La señora Clessy! ¡La vieja de cuya muerte acusan a mí hermano!

—La señora Clessy tenía montado un garito que puedo calificar de monstruoso. Se dedicaba a facilitar jovencitas, casi diría que niñas, a gente sin escrúpulos y con mucho dinero. Artois era uno de sus clientes. Aparte ello, flirteaba con Annabel, a la que se prometió, aun sabiendo que esta había tenido quizá una aventurilla con Rambler. En ese mundo en que se movían nada era limpio, Jessica, pero ellos se sentían a gusto así. Annabel, además, tenía dinero, y Artois estaba ya en las últimas, después de dilapidar una fortuna. Necesitaba esa boda... ¡y entonces la maldita señora Clessy le amenazó con hacerle chantaje!

—¿Por eso la mató?

—Sí. Y tu hermano tuvo la desgracia de llevarse un objeto de la casa aquel mismo día.

—Dios santo... ¿Pero y lo otro? ¿Por qué mató a Annabel?

—Fue su único acto poco meditado. Parece que Rambler la llamó por teléfono, mientras decía ir a ducharse, porque quería darle una explicación después de la escena un poco tensa que habíais tenido en el restaurante. Artois creyó que Rambler iba a contárselo todo y se precipitó.

—¿Pero qué sabía Rambler?

—Todo. El formaba parte del grupo de Artois. Estaba enterado de todos

los detalles, y aunque no tenía pruebas, podía conseguirlas.

—¿Por qué, entonces, Artois no lo mató también?

—Porque de momento lo necesitaba, ya que él solo no podía desembarazarse de los dos cadáveres, pero Rambler estaba condenado a muerte. Él lo sabía, y por eso intentó ganar tiempo refugiándose en la casa de las dunas. Hasta allí, sin embargo, fue a buscarle la muerte.

—Sigo sin entender lo más importante... ¿Por qué el guion? ¿Por qué escribía Rambler cosas que ocurrían luego?

—Él pensaba escribir la historia del crimen de Artois, y de los que Artois *cometería* para salvarse. Ambientó el argumento en los lugares que conocía, y te tenía a ti a su lado *para no estar solo*. Tenía miedo de que Artois llegara de un momento a otro para exterminarle también a él, y pensaba que si te veía a ti no se atrevería. Con aquellos detalles del argumento te ligaba, te sorprendía, te obligaba a estar junto a él por algo más que por el dinero. Incluso el «Citroën» gris fue dejado en un vado por un amigo suyo, justo en un sitio donde no tardarían en ponerle una multa. Él pensaba que si Artois llegaba a matar a Annabel su guion sería de los más comerciales, importantes y sonados de Francia. En cierto modo deseaba que Artois la matase, y por eso no le negó su ayuda.

—¿Por qué Artois quiso matarte también a ti?

—Alquiló a dos asesinos profesionales de los que no es imposible hallar, para un hombre como él, en una selva como París. Mis esfuerzos por salvar a René le preocupaban. Él quería que fuese ejecutado tu hermano, porque así se daba carpetazo oficial al asunto y no se le podía perseguir por el asesinato de la señora Clessy. La misma razón determinó que quisiera matarte a ti, Jessica, que por pura coincidencia te habías presentado al anuncio de Rambler.

—¿Y el productor Foreman? ¿No sabía nada?

—Nada. Era uno de esos hombres que pasan por el mundo un poco como niños grandes, con muchos caprichos, mucho dinero y ninguna experiencia. Él se quedó, abrumado, en la población de Dunant, mientras Artois preparaba su última jugada. Ahora podrá reflexionar mejor. Creo que a un hombre como él esta amarga lección le servirá de mucho.

—Hay una última pregunta, Jacques.

—¿Última?

—No, quizá la penúltima. ¿Cómo supiste hallar la casa de las dunas?

—Fue lo más fácil. Muchas revistas cinematográficas habían hablado de ella en los buenos tiempos de Rambler. Pero has dicho que era la penúltima pregunta. ¿Cuál es la final?

—Esta: ¿qué proyectos tiene un joven abogado para el porvenir?

—Muy sencillos: Buscar una mujer que me ayude a luchar.

—¿La tienes ya elegida?

—La elegí desde el primer momento en que el viejo gruñón Besnier me encargó de este asunto y yo vi a su cliente. Tengo, además, un regalo de

bodas para ella.

—¿Cuál?

—Un trozo de película filmada en las calles de París, para ambientar un film, el mismo día en que fue asesinada la señora Clessy. Foreman lo tenía en su poder, sin imaginar su importancia. En esa película se ve a tu hermano paseando por la calle, con otras personas, justo a la hora en que la señora Clessy era asesinada. Creo que con esto podré obtener fácilmente la revisión del juicio.

—Y Besnier se llevará la gloria...

—Pero yo me llevaré un ascenso en mi carrera... y a la mujer más bonita de París.

Jessica no contestó. ¿Era de verdad bonita? Ella misma, en el fondo de su corazón, no lo había sabido nunca. Pero él lo creía, él sí. Y eso la llenaba de una felicidad que no era capaz de explicar con palabras de este mundo.

FIN

EL FIN DEL MUNDO



Quizá la fecha esté muy próxima a nosotros.
Los científicos que trabajan para la guerra
pueden provocar la hecatombe final.

Basta con que alguien oprima un botón en
Washington o en Moscú.



MARABU A. ALFARO ZAS

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

LAS RELIGIONES

Desde las más primitivas y bárbaras idolatrías, hasta la Revelación cristiana, el hombre ha recorrido insólitos caminos en su ansia de vivir eternamente. Curiosa, dramática, terrorífica, enigmática o sublime, la historia de las religiones explica, a través de la evolución de culturas y sociedades, muchos aspectos desconcertantes del mundo de hoy.



COLECCION



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

4.000 años de piratería



Fascinantes historias de los piratas! Morgan, "el terrible"; Avery, "el afortunado"...

Bandera negra, libertad y sangrientos abordajes.

Pero detrás de la leyenda, con su perfume de brisas tropicales, hubo algo más: unas causas políticas, unos códigos, unas consecuencias históricas

En estas páginas, junto a las aventuras apasionantes, encontrará usted todo lo que de la piratería generalmente se silencia.

MARABU ZAS

**PEQUEÑOS LIBROS
DE GRAN CONTENIDO**





COMO ESCRIBIR CORRECTAMENTE

Es la íntima aspiración de todo hombre que desea destacar en su trabajo.

Cuando tiene usted que redactar una carta, un informe u otro escrito cualquiera, y le asalta la duda...



LA ORTOGRAFIA

colección



MARABU ZAS



EDITORIAL BRUGUERA. S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONÀ (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 8 ptas. • Impreso en España - Printed in Spain

VETERANO
tiene
ESO...

un **VETERANO** SABOR!...

OSBORNE *Fundada en 1772*

OSBORNE